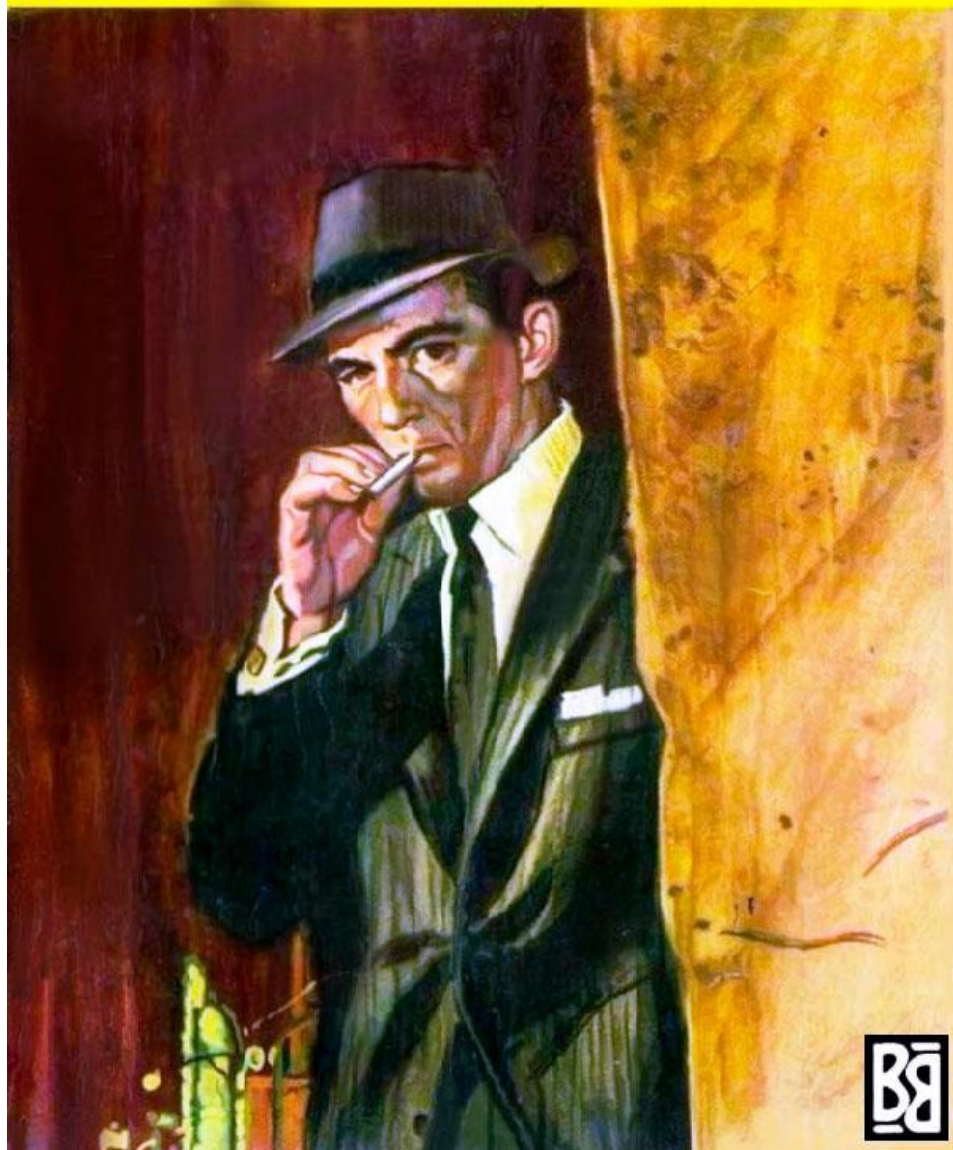


PUNTO
ROJO

negro es el terror

keith luger



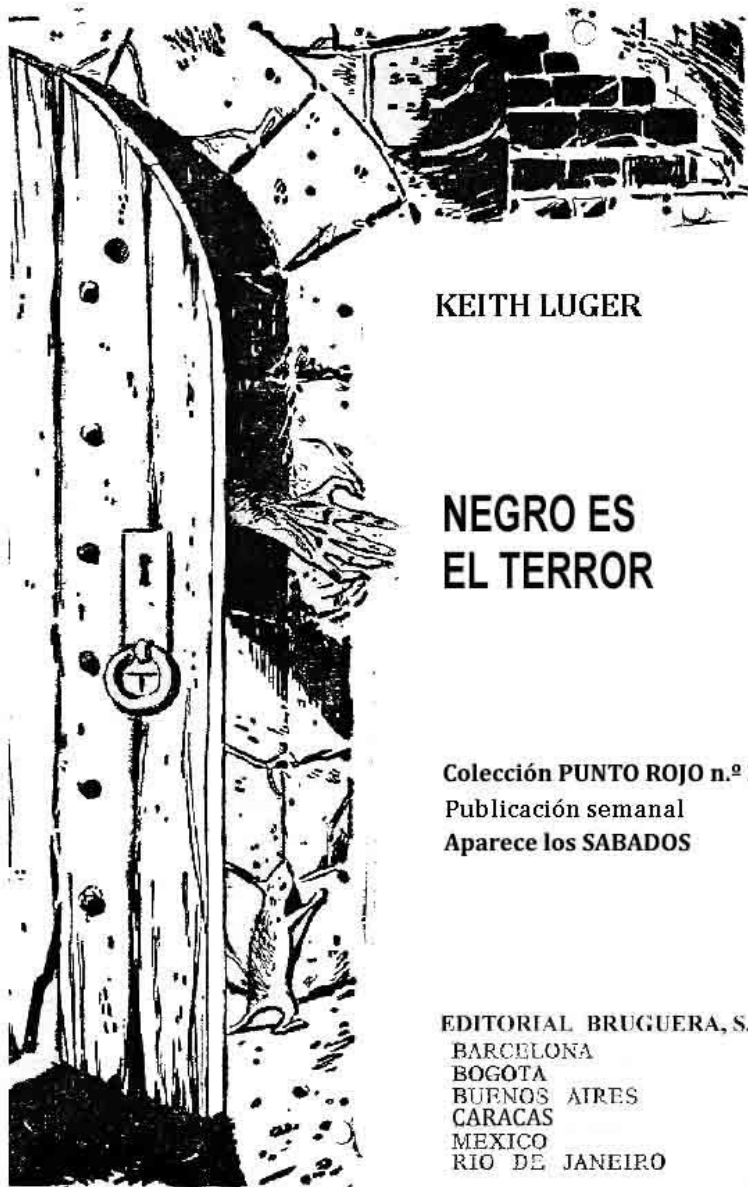
BB

NEGRO ES EL TERROR

ANDRÉ
RODDE

JEANNE
LAURENT





KEITH LUGER

NEGRO ES EL TERROR

Colección PUNTO ROJO n.º 240

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 28.302 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre 1966

© KEITH LUGER - 1966
sobre el texto literario

© JORGE SAMPER - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y VIVES - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

985. — Una tumba en el desierto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

847. — Un ataúd como obsequio.

En Colección BÚFALO:

675. — Tres cabezas para el verdugo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

536. — Dos hombres temerarios.

En Colección COLORADO:

469. — El rancho siniestro.

En Colección KANSAS:

441. — El legado del diablo.

En Colección BRAVO OESTE:

298. — El hombre de la cicatriz.

En Colección PUNTO ROJO:

234. — Me casé con un vampiro.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

216. — Balas para ti, dulzura.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

136. — Orden: acaben con los terrícolas.

En Colección ASES DEL OESTE:

394. — ¡Listos para disparar!

En Colección CALIFORNIA:

514. — ¡Haré que te cuelguen!

CAPÍTULO PRIMERO

—Usted no es una psicópata, señora Laurent —dijo el doctor Marcel Benoit.

—Quisiera estar segura —contestó la mujer que se sentaba al otro lado de la amplia mesa repleta de libros y de carpetas.

El doctor Benoit sonrió:

—Usted sólo es una amnésica, y le aseguro que su estado es sólo provisional... Quiero decir que, en cualquier momento, usted recordará quién es.

—Pero ya han pasado tres años, doctor.

—Debe estar preparada para que pasen tres más.

—No, no puedo.

—Dígame, señora Laurent, ¿es feliz en su matrimonio?

—Desde luego.

—¿No ha encontrado todo lo que deseaba?

—Todo. Tengo un marido adorable. Sé que Frederic me quiere... No hemos podido tener hijo hasta ahora pero eso no nos preocupa porque sus colegas especialistas han dictaminado que no existe ningún impedimento para que podamos ser padres.

—Entonces, no debe preocuparse. Se lo he dicho ya otras veces, señora Laurent. No pierda la paciencia. Cualquier día, en cualquier momento, usted sabrá quién es.

—Sí, entiendo. Pero, verá, doctor. Hace unos días leí un artículo de divulgación científica. Hablaba de la amnesia, de que podía ser el pórtico de una psicosis.

—A veces los artículos de divulgación científica son nocivos para quienes los leen... Escuche, señora Laurent, en la terminología psiquiátrica habitual se designa con el nombre de psicosis un trastorno mental de género más o menos especial, que puede, o no,

asociarse con un trastorno orgánico... Una psicosis es, por lo general, un tipo de trastorno mental grave en el sentido de que todas las formas de adaptación sociales, intelectuales, profesionales y religiosas quedan rotas. En otras palabras, la psicosis se produce cuando la desorganización de la personalidad es muy importante... Teniendo en cuenta eso, observemos su caso, señora Laurent. Su personalidad no está desorganizada, y su adaptación social, intelectual y religiosa es completamente normal. No ha habido ruptura en ningún sentido. Conoció a su esposo después de haber sufrido el ataque de amnesia. Frederic vio en usted a una mujer completamente normal y la relación que les unió fue en absoluto normal... Sólo tenemos en contra su amnesia, algo que es puramente orgánico. Su memoria ha sufrido una dolencia de la que todavía no se ha repuesto. Le hicimos en su día un tratamiento que no dio resultado, pero eso no quiere decir que usted haya de permanecer siempre en esa oscuridad con respecto a quién era usted antes de que sufriese el ataque. Soy optimista. Usted sabrá quién es, señora Laurent.

Jeanne Laurent era una mujer en la plenitud de su belleza. Podía tener de veinticinco a treinta años, y era esbelta. En el óvalo de su cara destacaban unos ojos negros, grandes, una boca de labios rojos, gruesos. Se cubría con un vestido de fina lana color fresa.

—Doctor, no puedo olvidar las circunstancias en que fui encontrada. Sueño muchas veces con ese momento.

—Sí, la entiendo, pero ya ha transcurrido algún tiempo desde aquello, y debería hacer un esfuerzo para no pensar en eso.

—Es algo más fuerte que yo... Fui encontrada en el Bosque de Bolonia junto a un árbol, desvanecida. No tenía bolso, nada que me pudiese identificar. Mi cabeza sangraba. Me descubrió un hombre que pasaba por allí. Llamó a la policía y ellos me trasladaron al hospital. Recuperé el sentido al día siguiente y ya no sabía quién era... La policía judicial realizó sus investigaciones. ¿Y cuál fue el resultado? Nada en absoluto. Yo sólo era un número, la paciente 324... Se publicó la noticia en los diarios, pero ni una sola persona pudo aportar el menor indicio para descubrir mi personalidad.

—Señora Laurent, usted me confesó que durante muchas semanas no echa de menos su pasado, y de pronto, sobreviene una crisis. Entonces empieza a preocuparse por quién pudo ser antes de

que despertase en aquel hospital.

—Tiene razón, doctor. Son crisis, y ahora me encuentro en una de ellas.

—La pondré en tratamiento.

—No me interesa su tratamiento, doctor —casi gritó la señora Laurent y, al darse cuenta de ello, se mordió el labio con fuerza—. Perdón.

—No tiene importancia —sonrió el doctor Benoit, de cincuenta años, cabeza rapada, ojos que defendía con gafas de carey.

La joven sacó un paquete de cigarrillos del bolso y un encendedor de gas. Encendió nerviosamente y arrojó dos hilillos de humo por la nariz.

—Señora Laurent —dijo el doctor—. Quiero hacerle una pregunta muy personal.

—No se preocupe, doctor. Hágala.

—Su esposo, Frederic, ¿le habla alguna vez de ese pasado que tanto la atormenta?

—No. Frederic jamás menciona el tema. Para él es como si yo fuese una persona completamente normal.

—Lo es.

—No, doctor, no lo soy. Quiero decirle la verdad. Paso muy malos ratos. Me refiero a los momentos en que estamos con amigos. Las mujeres de los demás pueden hablar de su niñez, de su familia. Ellas se refieren frecuentemente al colegio en que estudiaron, a sus amigos, a sus hermanos, —la joven se interrumpió visiblemente emocionada.

Por unos instantes, hubo silencio en el despacho del doctor.

La joven alzó los ojos y sonrió.

—Soy una enferma demasiado pesada, ¿verdad, doctor?

—No diga eso. Estoy aquí para servirla.

El doctor Benoit se levantó y dio vuelta a la mesa.

—Quiero que sea obediente, señora Laurent. Ella movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Estupendo, señora Laurent. ¿Tiene el tratamiento que le di la última vez?

—Sí.

—Quiero que se tome los comprimidos todos los días.

—Los tomaré.

—No lo olvide. Dentro de quince días vuelva por aquí.

—De acuerdo, doctor. Seguiré sus instrucciones.

El doctor acompañó a Jeanne Laurent hasta la otra, habitación, en donde estaba la enfermera rubia.

La señora Laurent se despidió de ambos.

Al llegar a la calle, respiró profundamente.

Había empezado el otoño en París. La temperatura era ideal.

Frederic no sabía que ella se encontraba en París Vivían a unos quince kilómetros de la capital, en una de aquellas casas modernas que construían ahora las inmobiliarias, casas individuales, con garaje, jardín y una pequeña piscina. Era un lugar maravilloso, ya que se encontraban muy cerca de París y, al propio tiempo, gozaban de las delicias del campo.

Frederic era ingeniero electrónico. Trabajaba intensamente durante el día, y le gustaba aquel hogar que él mismo había elegido. A ella le había parecido muy bien. Alguna vez, Jeanne recorría los quince kilómetros con su coche hasta París, se reunía con Frederic y cenaban en un pequeño restaurante de Montmartre, y luego iban a un cine o teatro.

Pero hoy le iba a dar la sorpresa a Frederic.

Entró en una cabina telefónica y marcó el número de la oficina de su esposo.

Oyó a su secretaria, a la eficiente Simone Lattard, una pelirroja de veintitrés años, muy atractiva. Había sentido celos de ella cuando la conoció, pero se convenció a sí misma de que Frederic era un hombre demasiado serio, y de que, sobre todo, él la amaba y que sería incapaz de serle infiel.

—Simone, soy la señora Laurent.

—Encantada de oírla, señora Laurent. ¿Cómo se encuentra de salud?

Jeanne creyó percibir un cierto tono de burla en la voz de Simone. O no, sólo era apreciación suya. ¿No había admitido ante el doctor Benoit que se encontraba en una de sus crisis?

—Me encuentro muy bien, Simone.

—Lo celebro. Su esposo salió un momento, pero no tardará en llegar... Justamente aquí viene.

El micro cambió de mano.

—Jeanne, ¿estás en París?

—Sí.

—No me dijiste que vendrías.

—De pronto se me ocurrió ir de tiendas.

—¿Compraste algo?

—Un broche, te gustará. Es muy bonito. ¿Puede una esposa pedir a su marido que la invite a almorzar?

—Lo siento. No puedo.

Jeanne se sintió decepcionada.

—Entonces, me iré a casa, Frederic.

—No has de hacer necesariamente eso.

—¿Qué se te ocurre?

—Come tú en cualquier restaurante y luego te vas al cine.

—Sabes que no me gusta comer sola cuando estoy en París, y mucho menos ir sola al cine.

—Estoy de acuerdo contigo. Eres demasiado seductora. Si te sientas sola a la mesa, alguien tratará de conquistarte. Y no hablemos del cine...

—No digas tonterías —sonrió Jeanne—. Está decidido. No me quedo. Volveré a casa. ¿Vendrás temprano?

—Desde luego. Como todos los días.

—Hasta luego.

—Siento mucho no comer contigo, Jeanne. Tengo una reunión de ejecutivos para dentro de media hora. Ya sabes cómo son esas cosas. No terminaremos antes de las tres y luego he de dictar las conclusiones.

—¿A Simone?

—Sí, claro... Eh, te prohíbo que pienses en eso.

—Era una broma.

—Hasta luego, querida.

Jeanne esperó que colgase Frederic para hacerlo ella.

Se quedó un rato en la cabina, hasta que se dio cuenta de que alguien estaba esperando a que saliese.

Se excusó y echó a andar por la calle.

Tenía su auto: en un aparcadero.

No estaba en situación de volver a casa. Allí estaría sola y otra vez volvería a pensar en aquel pasado suyo, un pasado para el que no había respuestas. Sólo preguntas y más preguntas.

Caminó durante un rato, distraída, deteniéndose ante los

escaparates.

Vio un restaurante. Se llamaba Martin. Nunca había estado allí y, decidida, entró.

Un hombre de gruesos bigote le obsequió con una sonrisa.

—Bienvenida, señora. Por aquí, por favor. —Una mesa al fondo —pidió Jeanne. —Desde luego.

Muchas mesas estaban ocupadas por hombres que hablaban de sus negocios. También había algún comensal sin compañía.

Jeanne se sentó.

El hombre del bigote le dio la carta y Jeanne hizo el pedido.

Al quedar a solas, encendió un cigarrillo.

Miró hacia la izquierda y sus ojos tropezaron con los de un hombre, el cual le sonrió. También él estaba solo.

Jeanne apartó rápidamente la mirada.

Ya empezaba a ocurrir lo que le había anticipado Frederic. Una conquista. Vaya tontería. Seguramente aquel hombre sonreía por algo que estaba pensando. Seguro que aquella sonrisa no iba dirigida a ella.

El camarero le trajo el primer plato.

Se dio cuenta de que tenía apetito.

De pronto, oyó una voz a su lado.

—¿Me permite, señorita?

Alzó los ojos y vio a aquel hombre, al que le había sonreído.

Frisaba en los treinta y cinco años de edad, y era alto, bien parecido, aunque su nariz resultaba demasiado aguileña.

Ella enarcó las cejas interrogativamente.

—Creo que usted y yo nos conocemos —dijo él.

Jeanne sintió un escalofrío.

—No lo recuerdo a usted —contestó.

—Claro. Sólo nos vimos una vez, pero yo he retenido su imagen.

Mi nombre es André Rodde.

La joven se humedeció los labios con la lengua.

—¿Cuándo nos conocimos?

—Espere que recuerde... —dijo él y se quedó pensativo.

Jeanne apostó consigo misma a que él estaba representando una farsa. ¿No era aquella la forma más usual de entablar conocimiento con una mujer? «Usted y yo nos hemos visto en alguna parte». «¿No se acuerda de mí?». «Yo no la he podido olvidar». «Fue usted tan

gentil cuando nos presentaron», y en cuanto una se ponía a hacer preguntas concretas, el hombre empezaba a contestar de un modo vago, impreciso. Lo cual demostraba que no había existido tal conocimiento anterior.

—Perdone, caballero. Estoy esperando a mi esposo.

—¿No me cree?

—No, no le creo.

—Pues se equivoca, porque la conozco.

—Todavía no me lo ha demostrado.

—Oh, sí, ya lo tengo —él hizo chascar los dedos.

Ella esperó ansiosamente.

—Hable. ¿Dónde me conoció?

—En Marsella.

—¿Cuándo?

—Hace unos cuatro años.

Jeanne tuvo la impresión de que la sangre se helaba en sus venas.

El hombre prosiguió en un susurro.

—Claro, allí fue.

—¿En qué lugar de Marsella?

—En un hotel.

—En Marsella hay muchos hoteles. —Hotel Maupassant.

—Nunca he estado en el hotel Maupassant —objetó ella, aunque bien sabía, que podía ser una mentira.

—Estoy seguro, señora. ¿Cuál es su nombre?

—Laurent, Jeanne Laurent.

—Es raro.

—¿Qué es lo que encuentra raro?

—Su nombre, no lo recuerdo.

—¿Lo ve usted? Fue a otra mujer a quien conoció en el hotel de Marsella.

—Estoy seguro de que era usted, pero su nombre no me suena.

—¿Cuál era mi nombre? —dijo ella con aire jovial, como si encontrase aquella escena divertida.

—No puedo decírselo. Lo olvidé.

—¿Por qué no confiesa que se ha acercado simple mente porque le gusté?

—¿Cómo?

—Me ha visto sola, y ha pensado que podría conquistarme. Ande, diga que sólo se acercó por ese motivo. Que ha estado simulando. Que eso de que me conoció con anterioridad es falso...

—Lo siento, pero es la verdad.

—¿Quién, nos presentó?

—Un amigo.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—Verá, yo estaba en el hotel Maupassant circunstancialmente. Había ido a Marsella en viaje de negocios —se interrumpió—. ¿Puedo sentarme?

—Sólo un minuto. Ya le he dicho que espero a mi esposo.

—Oh, sí, desde luego.

El hombre ocupó una silla. Otra vez sonreía, lo mismo que antes, y su sonrisa era muy simpática. Se le formaban hoyuelos en las mejillas.

—Como le decía —prosiguió—, fui a Marsella en viaje de negocios. Viajo mucho. Soy agente de ventas de una importante firma. Vendo lavadoras a grandes hoteles. Casualmente, quería colocar mi mercancía en el hotel Maupassant.

—¿Qué amigo?

—¿Cómo?

—Está hablando mucho, pero no me dice lo que a mí me importa, qué persona nos presentó.

—No lo recuerdo.

—Lo suponía.

—¿Por qué dice eso?

—Porque acerté. Usted sólo se ha acercado a mí porque se encontraba demasiado solo.

—Eso es verdad.

—Entonces, le ruego se retire, señor Rodde.

—¿Por qué es usted tan belicosa?

—Yo no soy belicosa, señor Rodde, pero no me gusta que me engañen.

André Rodde se levantó sin perder la sonrisa.

—Muy bien, señora Laurent. Ya me voy. Perdome que la haya molestado. Quizá me equivoqué.

—Claro que se equivocó. —No soy la mujer que usted conoció en Marsella.

—Quién sabe —dijo Rodde y se alejó.

Por unos momentos, Jeanne deseó gritarle que se quedase, que la sacase de dudas, que hiciese un esfuerzo de memoria, pero pensó que eso sería ridículo, porque, al fin y al cabo, ella lo había obligado a marcharse.

Trató de comer, pero ya había perdido el apetito.

Además, le había dicho a André Rodde que estaba esperando a su esposo y su esposo no aparecería.

Pidió la cuenta y enseguida se levantó.

Al pasar por delante de la mesa de Rodde, éste se levantó ligeramente y le hizo una inclinación con la cabeza.

Ella le contestó al saludo y continuó andando.

Una vez en la calle, se alejó del restaurante. Aquello le había pasado por no haberse ido a casa, como le sugirió Frederic.

Mientras recordaba la escena con Rodde, hizo el camino hasta el aparcadero.

Poco después, viajaba en su «Peugeot» modelo de aquel año.

¿Y si aquel hombre, André Rodde, hubiese dicho la verdad? Suponiendo que ella viviese en Marsella cuatro años atrás, todo tendría su explicación. Había sido encontrada en el Bosque de Bolonia. Nadie le había identificado. ¿No era lógico pensar que hubiese llegado a París desde otra ciudad? Alguien la había llevado al Bosque de Bolonia y la golpeó. ¿Para qué? Sólo había una respuesta. Para matarla.

Al llegar a ese punto de sus pensamientos, se dio cuenta de que sus manos se crispaban sobre el volante. Se estaba acercando rápidamente a una curva.

Pisó el pedal del freno y los neumáticos chirriaron siniestramente.

El coche pasó la curva y coleó un poco pero Jeanne pudo enderezarlo y continuó adelante.

No podía distraerse en la autopista o aquel hombre, quienquiera que fuese, el que la golpeó en el Bosque de Bolonia, lograría su deseo de que ella muriese.

Llevó el auto a la cochera y entró en la casa.

Sintió el impulso de llamar otra vez a Frederic, pero pensó que sería una tontería. Su esposo terminaría por sospechar que algo le pasaba.

Decidió tomar una ducha fría. Era lo que necesitaba.

Permaneció quince minutos sintiendo sobre su cuerpo los dardos helados del agua.

Finalmente, se cubrió con una toalla y frotóse vigorosamente.

De pronto, el teléfono se puso a sonar. Sonrió. Era Frederic. Claro, había terminado su reunión con los ejecutivos de la empresa.

Tomó el auricular.

—Sí, Frederic.

Al otro lado no le llegó la respuesta.

—Frederic —volvió a decir.

—No soy Frederic.

—¿Quién llama?

—Una persona que la conoce bien, Odile.

—Perdone, ¿a quién llama?

—A Odile Koller.

—Se ha equivocado de número.

—No, señora Laurent, no me he equivocado.

—Pero aquí no vive ninguna Odile Koller.

—Claro que vive ahí, señora Laurent. Odile Koller es usted.

CAPÍTULO II

Jeanne se había quedado rígida.

—¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho, Odile. Una persona que la conoce bien.

—Pero debe tener un hombre.

—Claro que tengo un nombre, como todos.

—Dígalo.

Del otro extremo del hilo le llegó una risita sarcástica.

—Puede llamarme La Voz del Pasado.

—No me gustan los juegos infantiles. Dejé de ser niña hace mucho tiempo.

—No se ponga nerviosa, Odile.

—¿Cómo puede demostrarme que es verdad lo que me está diciendo?

—Ya se lo he demostrado. Le he dicho su verdadero nombre, señora Laurent.

—Pero eso no me sirve.

—Le daré más detalles, señora Laurent. Usted sufre de amnesia.

—¿Cómo ha sabido eso?

—Tengo mis fuentes de información.

—No le creó una sola palabra. ¡Ya sé quién es usted!

—¿De veras?

—¡Sí, lo sé!

—Ande, diga quién soy yo.

—André Rodde.

—¿André Rodde?

—El hombre que me abordó en el restaurante Martin.

—Perdone, Odile, pero no conozco ningún restaurante que se llame Martin. Jamás he pisado ese local.

Jeanne no había identificado la voz de aquel hombre con la de André Rodde, pero pensó que eso era fácil de arreglar. Bastaba un pañuelo para modificar la voz, o quizá Rodde tenía la facilidad de cambiarla sin necesidad del pañuelo.

—¿Qué es lo que quiere, señor Rodde?

—No soy Rodde.

—Muy bien. No es Rodde. ¿Qué quiere?

—Soy su cómplice, Odile.

—¿De qué cosas?

—Ya lo sabrá.

—No comprendo nada.

—Ahora basta que usted y yo hayamos hablado. Pura presentación, Odile.

—Oiga, quienquiera que sea usted, no quiero volver a oírle. Olvide mi número...

—Eso va a ser un poco difícil, Odile. Hasta pronto.

Jeanne fue a responder algo, pero ya se había cortado la comunicación.

Golpeó en la horquilla y siguió oyendo el zumbido.

Después de dejar el receptor, se apretó las sienes. ¿Qué había sido aquello? ¿Una pesadilla? Sí, claro, eso debía ser. No había habido tal llamada. Nunca había oído a aquel hombre que se hacía llamar La Voz del Pasado.

De pronto, lanzó un chillido y se arrojó de bruces en la cama. Lloró durante un rato y eso la calmó un poco.

Tenía que ser André Rodde. Sí, era la explicación más lógica.

Aquel hombre se había sentido atraído por ella, y la había seguido hasta su casa. Pero, si era André Rodde, ¿cómo sabía él lo de su ataque de amnesia?

Mientras se vestía, siguió pensando.

Dio con otra explicación para justificar la conducta de André Rodde. Quizá él la había seguido mucho antes de que ella se hubiese percatado de él en el restaurante Martin. Sí, así habían pasado las cosas. André Rodde la había visto con anterioridad y se había informado acerca de ella. Muchas personas estaban en condiciones de informar a Rodde acerca de su amnesia. Había no menos de veinte amigos o amigas de Frederic que estaban al corriente.

¿Y si todo fuese una broma?

No. Nadie podía gastar una broma de aquel género.

¿Por qué no? ¿No había leído recientemente que el sadismo era la nota más característica de la vida en la segunda mitad del siglo xx?

Estaba muy cansada. Aquella mañana había sido pródiga en emociones.

No había querido anunciarle a Frederic su visita al doctor Benoit. A él le molestaba que ella continuase insistiendo acerca de su enfermedad.

Se quedó dormida.

No supo cuánto tiempo había transcurrido. Despertó súbitamente porque unos dedos estaban tocando su brazo.

Lanzó un grito y se levantó de un salto.

—¿Qué te pasa, Jeanne?

Ella gritó otra vez porque no veía nada. La habitación estaba a oscuras.

—Soy Frederic.

Jeanne se abrazó a él.

—Apriétame fuerte, Frederic.

El la estrechó contra su pecho.

—He sido yo el culpable —dijo Frederic—. No debí despertarte así.

—Ya pasó.

—Estás hecha un bloque de hielo.

—Tenía una pesadilla —mintió ella porque no recordaba lo que había soñado.

—Deja que encienda la luz.

Cuando la habitación quedó iluminada, Frederic se dirigió sonriente a ella, la abrazó de nuevo y la besó en los labios.

Frederic Laurent frisaba en los treinta y cinco años de edad, y era alto, de ojos verdes, rostro muy varonil.

—¿Qué hora es, Frederic?

—Siete y media.

—Dios mío, he dormido mucho... ¿Qué pasó en esa reunión de ejecutivos?

—Resultó mala —contestó él mientras se quitaba la chaqueta.

—¿No aprobaron tus planes?

—Estuve a punto de conseguirlo. Pero ese estúpido de Víctor Verrier me puso la zancadilla...

—Cuéntamelo con detalle.

—Ya casi había conseguido la mayoría para que aprobasen los planos del nuevo modelo de computador. Víctor Verrier se levantó y soltó un horrible discurso.

—¿Qué dijo?

—Que nuestros computadores saldrían al mercado en inferioridad de condiciones con respecto a los alemanes y a los americanos.

—¿No tenía razón?

—Claro que no.

—Pero tú dijiste que ese computador tuyo sería un veinticinco por ciento más caro que los mismos de su clase, alemanes o americanos.

—Sí, es cierto, pero además del coste hay que tener en cuenta otras cosas. Mi computador tiene una gran ventaja sobre el americano y el alemán. Mostré los planos, expliqué sus diferencias favorables pero no valió de nada. Perdí en la votación. Ya lo ves. El esfuerzo de siete meses se fue al cesto de los papeles.

—No digas eso.

—¿Qué quieres que diga?

Fue ella quien ahora lo rodeó con sus brazos.

—Estoy segura que reconsiderarán tus proyectos.

—Oh, sí. Los reconsiderarán dentro de tres o cuatro años, cuando probablemente haya media docena de computadores en el mercado que superen al mío. La Cibernética mejora de día en día. Un modelo de computador sólo puede ser el mejor durante dos o tres años, luego aparece otro que lo supera... El negocio para el fabricante consiste en que el precio de un computador es muy elevado. Tomemos mi caso. Mi computador podía ser comprado por no menos de veinticuatro países y, fácilmente, podíamos haber llegado a la exportación de diez mil unidades. Era un gran asunto y habría sido el triunfo de mi vida... Bueno, se acabó. Ahora estoy contigo y no quiero pensar en esos usureros.

Comenzó a besarla, y mucho tiempo después ella dijo:

—Oye, se me está ocurriendo una idea.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no me llevas al cine?

—Ya es demasiado tarde.

—Podríamos ir a un programa doble. Así veremos una película.

—Si no te importa lo dejaremos para otro día. He de salir.

—¿Adónde?

—Jules Carpín me invitó a que fuese a su casa para discutir los planos de su proyecto de colector... Es interesante su oferta. Si le ayudo, está dispuesto a cederme un veinticinco por ciento.

—¿Puedo ir contigo?

—Preferiría que te quedases.

—Prometo no molestar.

—Querida, Carpín es soltero.

—Ya sé que es soltero.

—Quiero decir, que él y yo estaremos hablando de su proyecto. Si tú estuvieses allí, nos distraerías. Además, si voy solo, terminaré antes.

—¿Cuándo volverás?

—Cuando haya terminado.

—¿Pero cuándo será eso?

—Estaré de vuelta dentro de un par de horas. Todo lo más tres. Puedes continuar durmiendo.

—No podré, ya perdí el sueño.

—Inténtalo —dijo él y la besó en la nariz.

Frederic echo a andar hacia la puerta.

—¿Es que te vas a ir sin comer? —preguntó Jeanne.

—Comí antes un par de sándwiches.

—¿Dónde?

—Querida, haces demasiadas preguntas.

—Perdona.

El sonrió y la volvió abrazar.

—Fui al bar de Leo que está cerca de la oficina.

—¿Solo?

—Claro que solo... Eh, ¿es que ahora te vas a poner celosa?

—Vuelve cuanto antes, Frederic.

—No te preocupes. No me interesa la compañía de Jules lo más mínimo, una vez hayamos terminado el trabajo.

Frederic besó otra vez a su mujer y salió de la casa.

Jeanne oyó el zumbido del «Tiburón», que se fue alejando poco

a poco y entonces todo quedó envuelto en el silencio.

Jeanne se puso a pasear por la habitación. Encendió un cigarrillo.

Al cabo de un rato, se fue al mueble-bar y vertió en un vaso una copiosa ración de *whisky*. Bebió unos tragos.

De repente, el teléfono se puso a sonar. Jeanne recibió tal sobresalto que el vaso se le cayó de las manos, aunque no se rompió.

Tragó aire y se apretó los brazos desnudos. El teléfono seguía sonando. Tomó el auricular.

—Diga.

—Buenas noches, señora Laurent. Soy Simone.

—¿Qué tal, Simone?

—Quería hablar con su esposo.

—No está. Salió.

—Pero él me dijo que estaría en casa.

Jeanne se sintió irritada contra la secretaria de Frederic.

—Tuvo que reunirse con Jules Carpín. Iban a discutir su proyecto de colector.

—Comprendo.

—¿Quiere que le diga algo a Frederic cuando regrese?

—No tiene importancia. Ya hablaré con él mañana. Otra vez Jeanne sintió aquel acceso de furia. ¿Quién se creía que era Simone?

—Cuando mi esposo venga y le diga que usted no quiso decir lo que quería, le va a intrigar mucho, Simone.

—Bueno. Entonces dígame que no se preocupe por mi cuaderno de notas. Por fin lo encontré en el bar de Leo. Lo dejé allí cuando estuvimos comiendo.

Jeanne apretó los dientes. Frederic la había engañado al decirle que comió sólo en el bar de Leo. La realidad era que lo había hecho en compañía de Simone.

—Está bien, Simone —dijo—. Se lo diré.

—Gracias, señora Laurent.

Jeanne golpeó con fuerza el auricular en la horquilla.

¿Por qué le había mentido Frederic? ¿Existía algo entre él y Simone?

Era eso. ¿Un romance entre su marido y su secretaria? ¿Por qué

pensaba en tal disparate? ¿Qué tenía de particular que Frederic invitase a Simone a comer unos sándwiches? Pero, si no tenía importancia, ¿por qué Frederic lo había silenciado?

El teléfono volvió a sonar.

Esta vez no se sobresaltó. Sería otra vez Simone. ¿Y si la secretaria de su marido trataba de destrozarle los nervios? ¿No la habría llamado intencionadamente para decirle lo del bar?

—¿Sí?

—¿Qué tal, Odile?

El corazón le dio un vuelco. Era otra vez aquel hombre, La Voz del Pasado. Vaya nombre ridículo. Sí, todo era ridículo, incluidos sus temores.

—Ya le dije que se olvidase de mi número.

—Eso es algo imposible, Odile.

—¡No soy Odile!

—No pierda la calma. No le conviene tal cosa. En la presente situación, necesita todos sus sentidos.

—¿Qué quiere decir?

—¿Ha pensado en lo que le dije?

—Dijo muchas cosas.

—Soy su cómplice, Odile. ¿No le dio vueltas esa palabra en la cabeza?

—No.

—Entonces, le diré lo que faltaba... Usted cometió un crimen. ¿Lo oye bien, Odile? Un asesinato.

CAPÍTULO III

Jeanne gritó por el micro:

—¡No sabe lo que dice!

—Claro que lo sé.

—No he matado a nadie.

—No ha matado a nadie como Jeanne Laurent, pero mató un hombre como Odile Koller.

—Está mintiendo.

—¿Qué ganaría yo con mentirle?

—¡Es falso...! ¡Falso...!

—Usted mató a Paul Quinot.

—No sé quien es Paul Quinot.

—Claro que no lo sabe. Lo ha olvidado. También olvidó los motivos que tuvo para matarlo y lo que pasó aquel día.

—¿A qué día se refiere?

—Al del crimen, naturalmente.

—¡No soy una asesina! ¡No soy una criminal...!

—Pobre Odile, perdió la memoria. No sabe nada. Pero aquí estoy yo, el hombre que le va a devolver su propia personalidad.

—¡No quiero que me devuelva nada!

—Pero ¿qué dice, Odile? Lleva mucho tiempo luchando consigo misma, tratando de recordar quién era usted antes de que despertase en aquel hospital.

—¿Qué sabe de eso?

—Todo.

—Tampoco le creo. Usted no sabe nada.

—Al parecer, es una mujer muy escéptica, pero ya contaba con eso. Y por ello, estoy dispuesto a darle las pruebas que necesita.

—¡No quiero seguir hablando con usted!

—Pero, querida, yo sólo quiero que sepa quién era antes de que la recogiesen en el Bosque de Bolonia.

Jeanne sintió necesidad de respirar aire puro. Se estaba ahogando.

—¡Por favor, no me atormente más! —gritó.

—Yo no quiero atormentarla, querida... Usted ha insistido una y otra vez en saber quién era. ¿No merezco una recompensa por ayudarla?

Aquellas palabras hicieron impacto en la mente da Jeanne.

—Ahora le comprendo a usted.

—Lo celebro.

—No me ha entendido. Sé lo que usted pretende. Chantajearme.

—Qué palabra más horrible.

—Confíese que es eso.

—Está bien —rió su interlocutor—. Si están así las cosas, será preferible que continuemos hablando sobre el tema, pero insisto que la palabra adecuada no es chantaje, sino premio o recompensa.

—No le daré un centavo.

—Eso sería catastrófico para usted, Odile. Suponga que la policía recibe un informe mío acerca de la muerte de Paul Quinot. Suponga que les digo el nombre de la persona que lo asesinó.

—Estoy segura de que ni siquiera ha existido ese tal Paul Quinot. Es un nombre que usted ha inventado. ¡No maté a nadie!

—No me cree, ¿eh?

—Ya le he dicho que no.

—Muy bien. Usted misma lo va a comprobar.

—No voy a comprobar nada.

—Señora Laurent, su actitud me decepciona mucho, pero si prefiere destruir su matrimonio por ir a la cárcel, va a ser asunto suyo. Le estoy dando una oportunidad para que las cosas se puedan arreglar. Usted puede continuar siendo la señora Laurent, porque tiene bastantes razones para no querer ser Odile Koller. Estoy de acuerdo, señora Laurent. Pero usted tendrá que pagarme... Además, se lo voy a dejar en una cantidad muy honorable. ¿Sigue ahí, Odile?

—Sí, pero ya voy a colgar.

—No cuelgue antes de que haya terminado o le pesará.

—¡Acabe de una vez!

—Quiero cinco mil francos.

—Yo no tengo cinco mil francos.

—Pero los podrá sacar de alguna parte.

—De ninguna.

—Su marido tiene dinero.

—No puedo pedirle a mi mando cinco mil francos, para pagar a un canalla como usted.

—Le dejaré tiempo para pensar.

—No hace falta.

—Le daré de plazo hasta mañana a las doce —insistió el desconocido—. ¿Ve cómo soy comprensivo? Pero recuérdelo, señora Laurent. Ni un minuto más. Mañana a las doce la llamaré otra vez.

—No estaré en casa.

—Tiene que estar, porque si no contesta a mi llamada informaré a la policía.

—Le repito que Paul Quinot nunca existió.

—Le desafío a que lo compruebe.

—¿Y cómo lo voy a comprobar?

—Es bien sencillo. Consulte cualquier colección de periódicos. Así se enterará de la muerte de Paul Quinot. Este caballero murió el 3 de octubre, hace exactamente tres años. Usted fue encontrada horas más tarde en el Bosque de Bolonia. Hasta mañana, Odile.

—¡Espere!

Otra vez se había cortado la comunicación.

Jeanne colgó el receptor y permaneció inmóvil, apoyada en la mesa.

Por último se dejó caer en un sillón. Se puso a pensar en todo lo que le había dicho su informador anónimo. ¿Y si fuese realmente una asesina? Eso era imposible. Ella no podía odiar a una persona tanto como para matarla.

Había una mujer a quien odiaba, a Simone, pero no por ello había deseado su muerte.

Oyó su voz interior: «Estupendo, Jeanne, no eres una asesina, pero ¿qué sabes tú de Odile Koller? No recuerdas nada de ella, y eres tú misma, Jeanne. En tu memoria se ha producido un vacío, pero ese hombre tiene fundados motivos para recordarte. Vas a ser su fuente de ingresos. Te pide cinco mil francos por silenciar tu nombre a la policía. ¿Por qué no habrías de matar a Faul Quinot? ¿Puedes negarlo? Convéncete, Jeanne. No puedes hacer nada por

Odile Koller hasta que no vuelvas a recordar, y ese hombre, La Voz del Pasado, sabe lo que tú fuiste antes de que te recogiesen herida y sin sentido en el Bosque de Bolonia».

Oyó llegar un coche y corrió hacia la ventana...

No, no era su esposo. Vio a un hombre al volante de un automóvil. Se le había calado el motor. El hombre intentaba ponerlo en marcha. Por fin lo consiguió y el coche echó a correr otra vez, desapareciendo enseguida.

¿Por qué no llamaba a Frederic? Eso sería lo mejor. Le diría que volviese enseguida a casa. Se lo contaría todo.

Oh, no, ¿cómo le iba a decir a Frederic que un desconocido la acusaba de ser una asesina? ¿Qué pruebas podría ofrecer ella a Frederic para demostrarle que no había matado a nadie? ¿Acaso recordaba quién era antes de que su esposo la conociese? Ella podía ser Odile Koller, y por tanto, también podía haber matado.

Cuando llegó a ese punto de sus pensamientos, lanzó un grito.

Aquel hombre, el desconocido, sabía bien lo que se hacía. Había logrado sus propósitos. Todos no. Aún no tenía el dinero.

El chantajista le había dado un plazo hasta las doce del día siguiente, desafiándola a que hiciese la verificación de lo que se refería a Paul Quinot.

Eso es lo que haría.

Frederic tenía un amigo periodista. Se lo había presentado. Se llamaba Fernand Perrin.

Sí, al día siguiente hablaría con el Perrin le ofrecería la oportunidad de conocer la historia de aquel Paul Quinot.

Se echó a reír pensando en que Paul Quinot no hubiese existido nunca o al menos, que fuese falso cuanto se refería a su muerte. Claro que sí. El chantajista lo había inventado Pero ¿por qué tenía que esperar al día siguiente? Si Quinot había muerto asesinado y no se había encontrado al criminal, Fernand Perrin tendría que recordar el caso.

Buscó el número de Perrin en la guía y lo marcó.

Una mujer le dijo que Perrin se encontraba en la redacción de su periódico y, a continuación, le dio el número.

Marcó de nuevo y, al cabo de unos minutos, oyó la voz de Perrin.

—¿Qué tal, Jeanne? Tu marido me invitó a que fuese a cenar

con vosotros, pero todavía no pude elegir una fecha... Hiciste bien en no casarte con un periodista.

—Fernand, quería hacerte unas preguntas.

—¿De qué se trata?

—Una amiga y yo discutimos esta tarde sobre cierto crimen... El de un tal Paul Quinot.

—¿Paul Quinot?

Jeanne sintió una inmensa alegría. Fernand Perrin no recordaba a Paul Quinot. Estaba claro que no existía el tal Quinot.

—Oh, sí, Jeanne. Ya recuerdo. Fue un abogado. Murió hace tres o cuatro años. El asesino le hundió un abrecartas en el corazón.

—Mi amiga dijo que el asesino debió ser una mujer y yo sostuve que fue un hombre.

—Bueno, en realidad no acertasteis ninguna de las dos.

—¿Qué quieres decir?

—El asesino de Paul Quinot nunca fue hallado.

Jeanne no pudo sostenerse en pie y alargó la mano para apoyarse en el sillón cercano. El periodista siguió hablando:

—Tu amiga tiene más probabilidades que tú de acertar con respecto al asesino. Probablemente fue una mujer.

—¿Por qué?

—Ahora me han venido a la memoria muchas cosas. Por ejemplo, que Paul Quinot estaba considerado como un mujeriego... Si quieres, te puedo dar más detalles del caso.

Jeanne pensó que había cometido un error al dirigirse a Fernand Perrin. Fernand era una de las personas allegadas a Frederic que conocía su historia, la de ella. Por tanto, el periodista podía establecer una relación entre Paul Quinot y su pasado.

—No, gracias. No hace falta que me des detalles. Fernand. No tenía más interés en el asunto que comprobar quién de nosotras había acertado. En realidad las dos fallamos.

—¿Está por ahí Frederic? Quiero decirle unas palabras.

—Casualmente fue a casa de un amigo.

—Entonces ya lo llamaré... Hasta pronto, Jeanne.

Jeanne colgó el auricular y se quedó pensativa. ¿Qué habría pensado Fernand Perrin? ¿Qué importaba eso ahora? Lo más importante de todo era que Paul Quinot no había sido un nombre inventado al azar por el chantajista, y ella, en su interior

personalidad de Odile Koller, era la asesina del abogado.

Encendió nerviosamente un cigarrillo.

No debía perder la serenidad. Pero ¿cómo no perderla teniendo en cuenta lo que le pasaba?

Oyó el zumbido de otro coche.

Sí, ahora era Frederic.

Los faros del automóvil alumbraron por un momento la casa a través de la ventana: Frederic estaba metiendo el vehículo en la cochera.

¿Qué le diría? Nada, absolutamente nada. ¿Admitía con ello que pudiese ser la asesina de Paul Quinot? Pero ¿qué tontería estaba pensando? Ella nunca sería capaz de matar a nadie.

Otra vez se equivocaba. Quizá no fuese una asesina bajo la personalidad de Jeanne Laurent, pero Jeanne Laurent no podía responder por una desconocida Odile Koller.

Sonrió con amargura. En ella se reunían dos personalidades distintas.

—Hola, querida.

Casi gritó, a pesar de que estaba esperando que Frederic apareciese.

—¿Qué te pasa? —preguntó su esposo.

—Me sorprendiste.

—Creí que habrías oído llegar el coche.

—Bueno, estaba distraída. Además, vienes más pronto de lo que dijiste.

—Jules y yo terminamos mucho antes de lo que habíamos previsto.

—¿Os fue bien?

—Sí, el proyecto del colector es bueno. Sólo tuve que hacer unos pequeños reparos que Jules aceptó de buena gana.

Frederic se sentó a su lado y la besó en los labios.

De pronto, ella se apartó.

—Frederic, llamó Simone —estaba mirándole a la cara para ver cómo reaccionaba.

—¿Qué quería? —preguntó él sin inmutarse.

—Dijo que había encontrado al fin su cuaderno de notas.

—Ah, bueno... ¿Qué haces que no pusiste la televisión?

Jeanne quedó perpleja. Frederic había pasado de un tema a otro

con la mayor naturalidad, como si el cuaderno de notas de Simone no tuviese la menor importancia.

—No tenía interés por ningún programa —le contestó a su marido.

—Creo que aciertas. Los programas de televisión son cada vez más rutinarios. Nos iremos a la cama y leeremos un poco. A veces me digo que leí todo lo que tenía que leer hasta que cumplí los dieciséis años. Desde entonces, apenas he tenido tiempo para abrir un libro. Los editores se quejan de que no venden libros, pero no se dan cuenta de que el problema consiste en que apenas hay tiempo disponible para leer.

Cuando estuvieron en el lecho conyugal, Jeanne no tenía las menores ganas de leer, a pesar de que había cogido una novela de lectura fácil, una obra policíaca de E.

V. Cunningham.

Por el contrario, Frederic parecía muy atento a su libro, una historia de la Grecia Antigua.

—Jeanne —dijo al cabo de un rato.

Ella se sobresaltó.

—¿Estás nerviosa?

—En absoluto —mintió Jeanne—. ¿Qué querías?

—Sólo preguntarte si llamó alguien en mi ausencia, además de Simone.

—No. Nadie.

Frederic continuó leyendo.

Jeanne se asombró de que ella pudiese haberle contestado tan rotundamente cuando había llamado un chantajista, un hombre que la había acusado de asesina.

Al cabo de un rato, Frederic abandonó la lectura y bostezó.

—Tengo un sueño mortal.

Le dio un beso y se volvió de lado.

Pasados unos minutos, Frederic dormía, y Jeanne sintió una gran congoja en el pecho. De buena gana hubiese llorado hasta desatar aquel nudo.

Estuvo pensando en todo lo que le había ocurrido durante el día, y sólo se durmió cuando empezaba a clarear.

CAPÍTULO IV

Jeanne encontró una nota en la mesilla de noche: Dormías y no quise despertarte. Te llamaré alrededor de la una. Besos. Frederic.

Consultó el reloj. Eran ya las nueve y media. Dios mío tenía que hacer muchas cosas antes de que aquel desconocido la volviese a llamar a las doce.

Eran las diez cuantío corría con el coche hacia París.

Sabía dónde encontrar una biblioteca pública.

La atendió un anciano, un hombre de cabello blanco, el cual le sirvió el tomo de un diario correspondiente al mes y año en que supuestamente murió Paul Quinot.

Jeanne buscó con avidez la noticia. Allí estaba.

Los grandes titulares decían: «El abogado Paul Quinot fue muerto en su domicilio con un abrecartas».

Fijó los ojos en la fotografía de Paul Quinot. Era un hombre de unos treinta años. Estaba sonriente, a la salida de una audiencia, donde había alcanzado un gran éxito al defender a un hombre acusado de trata de blancas. El cadáver de Paul Quinot había sido encontrado por una mujer de la limpieza, Emile Colange. A juicio de la policía, Paul Quinot llevaba ya muchas horas muerto. Probablemente, había sido asesinado entre las nueve de la noche y la una de la madrugada. La muerte había sido instantánea ya que el abrecartas le partió el corazón.

La investigación se anticipaba difícil, ya que el abogado Quinot era una persona muy relacionada. Sin entrante. El señor Quinot tenía una gran debilidad por las mujeres hermosas. Se le veía frecuentemente en los clubs nocturnos, siempre con muchachas de gran belleza. Últimamente lo había acompañado con más frecuencia una cantante, Juliette Genet, pero ésta había quedado libre de

sospechas inmediatamente, ya que no había salido del club nocturno donde trabajaba desde las ocho de la noche hasta las dos de la madrugada, tiempo que superaba el establecido por la policía para el momento de la muerte de Paul Quinot. Se citaban nombres de algunas *starlettes*, maniqués, *cover-girls*...

El comisario Guy Oliver había sido encargado del caso. Era un hombre minucioso, con brillantes éxitos en su carrera. Una de sus características era la de no hacer declaraciones a la Prensa.

Jeanne siguió leyendo los diarios. El caso de Paul Quinot había sido destinado a la tercera página, luego a la sexta. Finalmente, desapareció. Había perdido interés para los lectores, a pesar de que el crimen había quedado impune.

Jeanne cerró el grueso tomo y quedóse pensativa.

¿Quién había sido ella? ¿Una *starlet*, una *cover-girl*, una maniquí?

Pero ¿por qué nadie pudo identificarla si la policía había tratado de establecer su identidad?

Lo importante era que el chantajista no le había mentido. Paul Quinot había existido, y también fue asesinado, y ella era... No, no podía decirlo. En eso no podía haber acertado el chantajista. No era la asesina. ¿Y por qué no? ¿Por qué iba a decirle la verdad el chantajista con respecto a Paul Quinot, e iba a mentirle en lo más importante, en lo más esencial, en la identidad del asesino? ¿Cómo podía demostrar que ella no había conocido a Paul Quinot, que ella no fue quien le partió el corazón con el abrecartas?

Quizá hubiese una forma de arreglarlo. Había retenido la dirección de Paul Quinot.

Salíó de la biblioteca y fue en su coche hasta un edificio de apartamentos.

Pasó de largo, estacionó el coche a unos treinta metros y regresó andando.

Se detuvo pensando que había cometido un error. Si fuese la asesina, alguna persona la reconocería, por ejemplo, el portero de la casa.

Retrocedió hacia su coche, pero nuevamente se detuvo. ¿Por qué no salía de dudas? ¿Por qué no iba a la casa de Paul Quinot?

Echó a andar decidida.

Era el número 234 de aquella calle.

El vestíbulo era rectangular, y a ambos lados crecían plantas

tropicales en unos largos maceteros.

El portero estaba tras un registro en forma de media luna, de madera brillante. Vestía uniforme verde, y quizá también tendría gorra, pero ahora no se cubría con ella.

El la miró con despreocupación.

—Buenos días —dijo Jeanne.

—Buenos días —le contestó—. ¿Qué desea?

Jeanne se mojó los labios con la lengua. Había levantado la barbilla para que él le viese bien el rostro. Había entrado con miedo, pero lo iba disipando porque aquel hombre no la reconocía.

Tenía que mentir, ésa era su profesión ahora, la de mentirosa.

—Estoy buscando a una antigua amiga. Me dio una dirección de esta calle, pero lo olvidé.

—¿Cómo se llama ella?

—Madeleine Lanoux.

El portero frunció el ceño.

—No, aquí no vive ninguna Madeleine Lanoux.

—Quizá viva cerca.

—No recuerdo... Pero, oiga, ¿no la he visto a usted antes?

Jeanne sintió que el corazón le golpeaba fuertemente en el pecho.

—No creo —balbució.

—Oh, sí, claro. Usted vino aquí.

—No he pisado nunca esta casa.

—Perdone, pero usted vino aquí una vez con Paul Quinot.

—¿Paul Quinot? Ni siquiera sé quién es.

Jeanne estaba cada vez más nerviosa.

—Un abogado que vivía aquí y que fue asesinado —puntualizó el portero.

—Debe estar equivocado.

—Bueno, el señor Quinot venía con otras mujeres, estaría dispuesto a apostar a que usted era una de sus amigas...

—¿Cuándo murió el señor Quinot?

—Hace tres años.

—¿Ve usted cómo se equivoca? Entonces yo vivía en Marsella. Pero no tiene que disculparse. Muchas veces dos equivocamos con personas que no hemos visto nunca y que creemos identificar.

El portero se rascó detrás de una oreja.

—Sí, eso debe ser —admitió.

—Adiós —dijo Jeanne y, dando media vuelta, salió a la calle.

Bien, ya podía estar satisfecha. El chantajista no había hablado en vano. Todo era cierto. Ella conocía a Paul Quinot.

Ya tenía un nombre. Su nombre verdadero, Odile Koller.

Todavía no conocía su profesión, pero podía elegir entre cualquiera de las habituales entre las chicas que Paul Quinot frecuentaba. ¿Maniquí? ¿Cover-girl? ¿Starlette cinematográfica?

Ahora sólo existía un problema.

El de pagar al chantajista cinco mil francos.

No era cierto que ella no tuviese el dinero. Frederic le daba todos los meses una cantidad para sus gastos, pero Frederic era demasiado generoso, ya que él le compraba muchas de las cosas que necesitaba, vestidos, perfumes, zapatos. Por esa razón había tenido oportunidad para ahorrar. Calculaba que debía tener unos seis mil francos en su cuenta corriente.

Poco después entraba en el Banco del que era cliente.

El señor Moeller la atendió con su característica gentileza. Enarcó una ceja al ver la cantidad del cheque pero, naturalmente, no hizo el menor comentario.

Jeanne se despidió del señor Moeller después de guardar el dinero en el bolso y abandonó el Banco.

Faltaban muy pocos minutos para las doce cuando llegó a su casa.

Estaba demasiado nerviosa.

Se sirvió un trago de *whisky* que le abrasó la garganta y el estómago, pero necesitaba estar un poco alegre. No, no lo estaría ni aunque se bebiese la botella entera.

Encendió un cigarrillo y sentóse en el diván, cerca del teléfono, fijos los ojos en el reloj de pared.

Empezaron a desgranarse las campanadas de las doce.

Sonó la última campanada y miró el teléfono que continuaba en silencio.

Un minuto, dos...

Y de pronto, a pesar de que lo estaba esperando, dio un salto cuando el teléfono se puso a sonar. Alargó la mano y tomó el receptor.

—¿Sí? ¿Quién es?

—La Voz del Pasado, señora Laurent.

CAPÍTULO V

Jeanne se sintió llena de furia al oír aquellas palabras.

—Diga de una vez quién es.

—Ya se lo he dicho. La Voz del Pasado.

Aquel hombre soltó una risita.

Jeanne apretó el auricular con tanta fuerza que sintió dolor en la muñeca.

Después de relajarse un poco, dijo:

—No le voy a pagar un solo franco.

—Qué pena.

—¿Qué va a hacer usted?

—Lo que ya le advertí.

—¿Avisará a la policía?

—Desde luego.

—Me tiene sin cuidado.

—De acuerdo, Odile. Después de todo, es el precio del crimen.

Un proceso, una condena, unos años de encierro... Con un poco de suerte, quizá sean diez o doce. A propósito, ¿consultó el caso con su esposo? Pobre de él. Se va a quedar como viudo. Y lo peor de todo será que el escándalo le va hacer mucho daño a su carrera. Imagínese lo que son los periodistas.

—¡Cállese!

—¿Lee ya los titulares, Odile? El ingeniero electrónico que tenía como esposa a una asesina. Pobre muchacho, va a pasar unos ratos muy difíciles.

—Es usted un canalla.

—Eso ya lo dijo, Odile. Debíó pensar en otra cosa, en sacar el dinero.

—¿Quién me dice que no va a seguir chantajeándome?

—No podré, Odile.

—¿Por qué no podrá?

—Porque quiero ese dinero para marcharme.

—¿Adónde?

—A una república sudamericana. Estuve unos años allí y me gustó. Hay muchos compatriotas nuestros. Ya sabe, argelinos. Hemos formado una gran colonia y se nos ofrece un brillante porvenir. No volveré a Francia, Odile. ¿Ve qué honesto soy? Sólo necesito cinco mil francos para pagar el pasaje y para otros gastos menores... Debe estar me agradecida, Odile. Soy un hombre comprensivo.

—¿Se marchará de verdad?

—Claro que sí. ¿Le he mentado hasta ahora?

—No lo sé.

—Vamos, vamos, Odile —rió el chantajista desconocido—. Estoy seguro de que usted ha hecho la comprobación. Apuesto que se ha informado de Paul Quinot. Así se ha podido enterar de que realmente fue un hombre de carne y hueso, un hombre que empezaba a alcanzar fama cuando murió. Usted interrumpió su carrera, Odile.

—¡No diga eso!

—¿Quién sabe? Quizá lo que usted hizo no tuvo más remedio que hacerlo. Personalmente, esos tipos siempre me han dado asco. Con toda seguridad, Paul Quinot era un biche. Y por mí, bien muerto está... Pero claro, usted se encuentra en un apuro y yo soy su amigo.

—Si es mi amigo, ¿por qué no dice su nombre?

—Por la sencilla razón de que no va a volver a oír hablar de mí. ¿Se da cuenta, Odile? Podrá seguir siendo Jeanne Laurent. Podrá continuar teniendo a su marido. Podrá presumir de persona decente. Todo eso por la reducida cantidad de cinco mil francos.

—¿Cómo debo entregárselos?

—De modo que tiene dinero...

—¡Sí, lo tengo, y quiero terminar de una vez con usted!

—Serénese, Odile. Perder la calma no conduce a nada bueno. Ya lo ve, usted perdió la calma con Paul Quinot y cometió un crimen.

—No está probado que fuese un crimen.

—¿No?

—Pude matarlo en legítima defensa.

—Eso es algo que todos ignoramos. Usted misma lo ignora, porque perdió la memoria. ¿O es que me va a decir que empieza a recordar a Paul Quinot?

—No, no me acuerdo de él.

—Ya lo suponía, pero hablemos del pago.

—Preferiría que fuese cuanto antes. Ahora mismo.

—Tiene mucha prisa... No se preocupe. Yo también la tengo por atrapar el avión que me conducirá a América.

—¿Dónde he de ir? —le interrumpió Jeanne.

—A un lugar muy romántico. Al cementerio del Padre Lechaise.

—No iré allí.

—¿Por qué, Odile? ¿No cree que es el sitio más a propósito puesto que se trata del pago por silenciar un crimen?

—¡Deje ya de atormentarme!

—Perdón, Odile. Tiene razón.

—Cambie de lugar.

—No, no cambiaré. Sigue siendo el cementerio del Padre Lechaise.

—Está bien. ¿Cuándo debo ir?

—Inmediatamente. Como usted desea.

—¿Dónde estará usted?

—Usted y yo no nos veremos, Odile... ¿Tiene aficiones literarias?

—Sí.

—Entonces, debe conocer la tumba de Oscar Wilde.

—No la conozco, aunque tengo aficiones literarias y he leído a Oscar Wilde.

—Bueno, yo le diré dónde está... No tiene pérdida. Es el quinto paseo que hay en el ala izquierda, un magnífico lugar para el eterno descanso. La avenida está bordeada de cipreses. ¿Le gustan los cipreses?

—Por favor, deje ya de meterse conmigo. ¿Qué le importa lo que me guste o no?

—Calma, Odile, calma, o lo echará a perder. ¿No ha empezado a hacerle preguntas su esposo por su estado de nervios?

—No, por la sencilla razón de que no le he dicho lo que me pasaba.

—Claro. Usted no puede decírselo.

—Otra vez se ha apartado del asunto. Debo ir a la tumba de Oscar Wilde.

—Vaya al tercer ciprés de la derecha. Hay una piedra que está levantada y tiene un hueco. Deje el dinero allí y márchese. No se entretenga lo más mínimo. ¿Me ha entendido bien? Sólo tiene que guardar el dinero en el hueco y largarse.

—De acuerdo.

—Desde el primer momento supe que usted y yo nos entenderíamos.

—Espero no oír su voz en el resto de mi vida.

—Su deseo será cumplido. La Voz del Pasado se retira para siempre, Odile. Buena suerte.

A continuación, se cortó la comunicación.

Jeanne dejó también el receptor en la horquilla.

Se apretó las sienes. Debía darse mucha prisa para regresar otra vez a casa antes de que Frederic la llamase.

CAPÍTULO VI

Jeanne se encontraba ante la tumba de Oscar Wilde.

Había llegado allí sin dificultad.

El aire era fresco, pero ella no sentía frío. Pensó que eso sería debido al *whisky*. Antes de ponerse en camino había bebido otro trago.

—Un gran escritor —dijo una voz a su espalda.

Jeanne se volvió sobresaltada.

Vio a un hombre de unos cincuenta años. Se cubría con un abrigo de entretiem po de color gris. Poseía ojos pequeños y nariz aguileña.

—¿La he asustado, señora?

—Un poco.

—Disculpe. Debí hacer notar mi presencia —señaló la tumba del escritor—. Soy un admirador de Oscar Wilde. Hasta hice un estudio acerca de su obra... Permítame que me presente. Claude Luquet, profesor de literatura.

—Encantada —dijo ella pero no dio su nombre.

—Imagino que también es usted una admiradora de este maravilloso escritor.

—Sí, lo soy.

—¿Qué obra suya prefiere?

—«La importancia de llamarse Ernesto».

—Oh, sí, muy acertada su elección. Es su mejor comedia, y desde luego está entre sus más logrados hallazgos.

Jeanne observaba atentamente el rostro de aquel hombre. Su voz tenía un tono parecido al desconocido. ¿Sería él? ¿Habría cambiado de opinión y se daría a conocer?

El se llevó la mano al sombrero.

—Me retiro, señora... A sus pies.

Jeanne balbuceó una despedida.

El hombre, tras sonreír, echó a andar.

Seguro que era el chantajista. Había ido allí para *asegurarse* de que ella no faltaba a su palabra.

Quedóse junto a la tumba, sin moverse, hasta que el hombre desapareció en la próxima curva del paseo.

Jeanne buscó el tercer ciprés de la derecha y, al llegar allí, vio el hueco a que se había referido el chantajista.

Miró a su derecha. Allí no había nadie. Era el momento más propicio para hacer el depósito.

Sacó el dinero del bolso y lo colocó en el hueco.

Luego se retiró dos pasos, comprobando que los billetes no asomaban por el agujero.

Ya había acabado todo.

Ahora se dio mucha prisa en salir del cementerio, subir en su coche y regresar a casa.

Al entrar recibió una gran sorpresa. Frederic estaba sentado en un sillón.

—Hola, querida. ¿Dónde fuiste?

—A la peluquería.

—Perdona, pero no se te nota.

—Es que cambié de opinión y me volví.

Frederic fue al encuentro de su mujer y la besó en los labios.

—Estás helada, Jeanne.

—Ha refrescado mucho... Me has dado una gran sorpresa. Leí tu nota... Decías que me ibas a llamar alrededor de la una.

—Si te hubiese llamado, no habrías podido responder.

—Oh, sí, perdona —Jeanne consultó su reloj de pulsera—. Ya pasan veinte minutos de la una. —Anda, te invito a comer—. Pero tienes que volver a la oficina. —Hoy no. Hice novillos...

Jeanne se sintió confortada. Su esposo había eludido su trabajo para estar con ella. ¿No era lógico pensar que hubiese pasado la tarde con Simone si existiese algo entre ambos?

Le pidió disculpas desde el fondo de su corazón por haber dudado de él.

Fueron a comer a un restaurante húngaro que frecuentaban.

Jeanne, se había hecho el propósito de olvidar todo lo referente

a Paul Quinot, al chantajista. Aunque fuese Odile Koller, no se sentía identificada con ella. Ahora era otra mujer, Jeanne Laurent.

Después del primer plato, Frederic sacó algo del bolsillo. Era una caja.

Se la entregó a Jeanne.

Ella sonrió, parpadeante.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo sabrás.

Jeanne abrió nerviosamente el paquete. Se quedó asombrada al ver unos pendientes de perlas.

—¡Frederic!

—¿Te gusta?

—¿Cómo no me va a gustar? Son preciosos.

—Por nuestro tercer aniversario.

Jeanne llevóse la mano a la boca mientras reía.

—Dios mío, ¿cómo se me ha podido olvidar? Hoy hace tres años que nos conocimos.

—Sí. Hoy hace tres años que se me ocurrió la maravillosa idea de visitar a mi amigo Henry Char en el hospital... Me equivoqué de habitación y entré en la tuya. Muchas veces he pensado que, si Henry Char no hubiese sufrido aquel accidente de automóvil, tú y yo no habríamos tenido oportunidad de conocernos.

—Jeanne —musitó ella—, el nombre que me dio un juez.

—A mí me gustó.

—Pero ¿es el mío, Frederic?

—Probablemente no.

—Sólo habría acertado el juez por casualidad.

—¿Por qué piensas en eso ahora, querida?

—Estaba recordando el momento en que nos conocimos y, para entonces, yo ya era Jeanne. Llevaba un mes y medio en el hospital cuando tú llegaste.

—Debí llevarte un ramo de flores y no una caja de bombones.

—La caja de bombones era para Henry Char. Dijiste que tu amigo era muy goloso.

—Pero terminé dándote los bombones.

—Insistí mucho en que debías entregarlos a su verdadero destinatario.

—Quería que te sintieses agradecida, comprar tu conciencia para

que pudiese regresar al día siguiente.

—Fue jugar sucio, pero yo me alegré mucho de que lo hicieses. Antes de que entrases en mi habitación, sólo sentía deseos de morirme...

Frederic tomó entre las suyas una mano de Jeanne y la apretó.

—Te quiero, Jeanne.

Jeanne tuvo deseos de decirle: «No merezco tu amor, Frederic. Hiciste mucho por mí, más que ningún hombre habría hecho, y yo he dudado de tu amor».

—¿Comprendes ahora por qué falté a la oficina? —dijo Frederic.

—Claro. Soy una tonta por haber olvidado nuestro aniversario.

—Empieza a rectificar.

—¿Cómo?

—Empezaremos con un beso.

—Trato hecho —dijo ella y acercó su cara a la del él.

Los dos se besaron con suavidad.

De pronto, una voz dijo:

—¿Qué inmoralidad es ésa?

Los dos se apartaron.

Jeanne vio a Fernand Perrin, el periodista amigo de Frederic, a quien había preguntado el día anterior acerca de Paul Quinot.

Frederic le estrechó la mano.

—Buenas tardes y adiós.

—Eh, ¿por qué me echáis? —rió Perrin.

—Celebramos algo muy importante y no queremos testigos.

—No me digas que por fin Jeanne recuperó la memoria.

Jeanne se mordió el labio inferior y Fernand Perrin, al darse cuenta de que se equivocaba, dio marcha atrás.

—Nunca sé dejar la lengua quieta. Perdona, Jeanne, pero relacioné lo de Paul Quinot con lo tuyo.

Jeanne sintió un estremecimiento.

—¿Paul Quinot? —dijo Frederic—. ¿Quién es?

Jeanne se apresuró a contestar:

—¿No sabes? Hablé con mi amiga Marie Robic, Frederic. El tema fue Paul Quinot, un abogado que murió asesinado. Marie decía que lo había matado una mujer, y yo que era un hombre. Lo gracioso del caso fue que las dos ganamos, ya que el asesino de Paul Quinot no fue nunca encontrado. Pregunté a Fernand ayer para salir

de dudas.

Frederic sonrió.

—No sabía que te gustase la criminología, Jeanne.

—Y no me gusta. Ya te he dicho que sólo fue una discusión con Marie.

Fernand palmeó la espalda de Frederic.

—Bueno, muchachos, me tengo que marchar. Sólo vine por ver si encontraba a un amigo, pero no está.

Se despidió del matrimonio y se dirigió hacia la calle.

Durante un rato, Jeanne y Frederic guardaron silencio.

—¿Te pasa algo, Jeanne?

—¿A mí? Nada. ¿Qué me podía pasar?

—Preferiría que fueses sincera conmigo.

—Ya lo soy.

—Está bien —sonrió Frederic—. Creo que he hecho una montaña de una nadería.

Jeanne dio un suspiro de alivio.

Continuaron comiendo sin que ninguno de ellos hiciese mención alguna del incidente.

El resto del día fue maravilloso para Jeanne. Frederic volvió a ser su novio, el hombre que estaba pendiente de ella.

Fueron al teatro donde vieron una función cómica. Jeanne reía feliz.

Más tarde, en un club nocturno, cenaron y bailaron. De regreso, en casa, Frederic fue el amante. El teléfono se puso a sonar.

Jeanne sintió un estremecimiento. De buena gana hubiese atrapado el auricular. Pero ¿por qué se preocupaba? El chantajista debía de estar ya en América.

De todas formas, Frederic atendió ya la llamada.

—¿Sí...? Buenas noches Simone... —quedó unos instantes a la escucha—. Sí, comprendo... Desde luego. Lo tendré en cuenta... Gracias, Simone. Hasta mañana.

Después de colgar, Frederic encendió un cigarrillo.

—¿Es que no me vas a decir lo que quería Simone? —preguntó ella.

—Cosas de la oficina. Eh, querida, ¿es que otra vez estás celosa?

—Sí, lo estoy.

El rió y la besó en la comisura de la boca.

—Está bien. Te lo diré... Simone me acaba de decir que el señor Riviere le pidió mis planos del computador para reconsiderar mi proyecto.

—Oh, Frederic, ¿es cierto?

—Al parecer, hay una firma alemana interesada en mis planos, y el señor Riviere, que es un viejo zorro, no quiere perder la oportunidad de revenderlos.

—¡Es maravilloso!

—No te adelantes a los acontecimientos, y ahora a dormir. He de levantarme mañana temprano. Ya sabes cómo es el señor Riviere. Antes de las ocho ya está en la oficina. Quiero llegar antes que él.

—Buenas noches, querido.

Frederic concilio el sueño casi enseguida, pero Jeanne seguía despierta. Estaba satisfecha. Aquél había sido un gran día, Había terminado con el chantajista y Frederic se había mostrado con ella como el más enamorado de los maridos.

Por fin, también consiguió dormirse.

A la mañana siguiente, cuando despertó, Frederic no estaba allí. Esta vez también le había dejado una nota: «Te echaré de menos, querida».

Jeanne tomó un baño y se sirvió un abundante desayuno. Tenía apetito.

Eran las diez y media cuando sonó el teléfono.

Todavía Jeanne sintió un escalofrío, lo mismo que la noche anterior. Pero ¿por qué, si ya no debía temer nada?

De todas formas deseó que fuese Frederic.

—Diga.

—Buenos días, señora Laurent.

—¿Quién es?

—¿No ha reconocido mi voz?

—No, ¿quién es usted?

—André Rodde, el hombre que conoció en el restaurante Martin.

—Ya le dije que me dejase en paz, señor Rodde.

—Pensé que le interesaría saber que recordé su nombre.

—¿Mi nombre?

—Sí, ya sabe lo que pasa. Uno olvida los nombres y luego le vienen a la cabeza. Usted es Odile Koller...

CAPÍTULO VII

—Pero ¿qué tontería está diciendo, señor Rodde? Mi nombre no es Odile Koller. Soy Jeanne Laurent.

—Es muy extraño.

—¿Quiere saber mejor que yo mi nombre?

—No, de ninguna forma. Pero yo juraría que me fue presentada en Marsella con el nombre de Odile Koller.

—Ya le dije que se equivoca. Usted me confundió con otra persona...

—Entonces, debo decirle que en Marsella hay una doble suya.

—¿No ha oído decir que todos tenemos un doble en cualquier parte del mundo?

—Sí, es posible.

—Ahí lo tiene explicado. Yo tengo el mío en Marsella.

—Y es taquimecanógrafa.

—¿Cómo?

—Odile Koller era taquimecanógrafa...

—¿También ha recordado eso?

—No, eso no lo he recordado. Me ayudaron.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, sentí interés por usted y telefoneé al hotel Maupassant. Hablé con un empleado, la describí a usted y me dio su nombre y su profesión. Usted trabajaba entonces en una oficina muy cercana al hotel... Si algún cliente necesitaba una taquígrafa llamaban a la oficina y la facilitaban inmediatamente.

—¿Está insistiendo en que yo fui esa mujer?

—Oh, perdón, debí referirme a su doble.

—¿Nada más, señor Rodde?

—Sí, eso es todo.

—Le quedo muy reconocido por el interés que siente por mí, pero ya le he dicho que soy casada, señor Rodde.

—¿Es feliz en su matrimonio?

—¿Eh?

—Le pregunto si es feliz.

—Claro que lo soy.

—Bien, entonces no tengo nada más que agregar. Perdone si le he causado molestias.

—¿Como dio con mi teléfono?

—Tendrá que disculparme pero la seguí a usted.

—¿Cuándo?

—El otro día.

—No debió hacerlo, señor Rodde.

—Sí, ahora lo sé. Pero usted me impresionó mucho. Debe reconocer que también fue culpable.

—¿Por qué fui culpable?

—Por su terquedad en no admitir que era la persona que yo había conocido en Marsella.

—En esa cuestión sigo siendo terca. No soy esa taquígrafa.

—De acuerdo. No se enfade, señora Laurent. A propósito. Salgo para Marsella esta tarde.

—Buen viaje.

—Gracias. Es una lástima. Si usted hubiese sido la taquígrafa, me hubiese podido dar algún encargo para algún familiar o amigo.

—Pero como no lo soy, no le puedo dar ningún encargo.

—Oh, sí, desde luego.

—Hasta nunca, señor Rodde.

—No diga eso, señora Laurent. El mundo es muy pequeño. Nos podemos encontrar cualquier día en el lugar más inesperado. Sí, señora. Si ello llega a ocurrir, espero que siga usted tan bella como ahora. Hasta la vista.

Se cortó la comunicación y Jeanne dejó el receptor.

Nunca había estado tan emocionada desde que empezó a ser Jeanne.

Aquel hombre lo había confirmado. Ya no podía tener ninguna duda. Era Odile Koller. Y también había salido de dudas con respecto a su profesión. No era una *starlette* ni una maniquí, ni una *cover-girl*. Odile Koller de profesión taquimecanógrafa, secretaria,

dactilógrafa.

Pero ¿cómo había llegado a París?

¿Y Paul Quinot?

¿Qué relación había tenido con él? Bueno, sólo podía encontrar las respuestas en un lugar. En Marsella.

¿Por qué no iba a Marsella?

De ninguna manera. No haría tal cosa.

Tenía miedo. Mucho miedo.

Y eso era grotesco y paradójico a la vez porque, durante tres años había querido saber quién era, y ahora que se le presentaba la oportunidad renunciaba a ella. Pero había una razón. Su temor a descubrir que era realmente la persona que había hundido un abrecartas en el corazón de Paul Quinot.

No, no iría a Marsella.

Paseaba de un lado a otro de la habitación, moviendo nerviosamente las manos sobre el estómago.

Otra vez sonó el timbre del teléfono.

Jeanne apretó los maxilares.

¿Quién era ahora? ¿Otra vez André Rodde?

—¿Sí? —preguntó con miedo.

—Hola, señora Laurent.

Aquella voz la llenó de terror.

Era el chantajista.

—¿Dónde está usted? —preguntó Jeanne.

—En París.

—¿Llama desde el aeropuerto?

—No, no llamo desde el aeropuerto.

—¿Cuándo sale su avión para América?

—Tuve mala suerte, señora Laurent.

—¿Qué quiere decir?

—Que me quedé sin pasaje.

—Lo puede arreglar fácilmente. Compre otro boleto.

—No puedo, Odile, porque para eso se necesita dinero.

—Ya tiene cinco mil francos.

—Cuando llegué al agujero no estaban los cinco mil francos.

—¡No diga eso! ¡Puse los cinco mil francos allí!

—Lo siento, Odile, pero no estaban.

Jeanne pensó en el admirador de Oscar Wilde.

¿Y si él se había quedado allí y había observado cómo ella metía el dinero en el agujero? Oh, no, no podía ser porque se había asegurado bien de que nadie la vigilaba antes de depositar los cinco mil francos.

—Es usted un farsante —exclamó por el micro.

El desconocido rió sarcásticamente.

—No se le puede engañar, señora Laurent.

—¿Qué es lo que pasó?

—Perdí el dinero.

—No le creo. Invente otra cosa.

—Lo perdí en el juego, Odile. Me di cuenta de que cinco mil francos era muy poco para ir a América y quise doblarlos. Pero ya ve usted. Mi pata de conejo no sirvió. Perdí hasta el último franco... Entonces, pensé en usted.

Jeanne cerró los ojos con fuerza y habló con los dientes juntos, arrastrando las palabras.

—Usted puso un precio y yo lo pagué.

—Fue un precio muy bajo.

—No le puedo pagar más.

—Vamos, Odile. ¿Qué son para usted después de todo diez mil francos?

—¿Diez mil francos? ¡Está usted loco!

—Es lo que me va a entregar ahora. Diez mil francos.

—No le entregaré nada.

—Es una pena que pierda usted un marido tan maravilloso como Frederic.

—Oiga, le daré lo último que tengo.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Mil francos.

—Oh, no, Odile. No puedo ir a América con mil francos. ¿No sabe lo cara que está la vida?

—Es usted el tipo más miserable que he conocido.

—No diga eso. No me conoce todavía.

—Me bastan sus palabras para saber la clase de bicho que es.

—Sí, debo de ser un bicho puesto que tengo noticias de un crimen y no lo he dicho a la policía. ¿Se da cuenta, Odile? He dejado de cumplir mis deberes como ciudadano.

—Es usted un cínico.

—Ya basta de insultarme, Odile. Así no adelantaremos nada. Le he dicho que quiero los diez mil francos.

—No puedo dárselos.

—Claro que podrá. Puede colocarle cualquier historia a su marido... Diga que tiene un hermano o un primo que se encuentra en la mala. Él le ha pedido el dinero para ayuda de su pequeño negocio. Los acreedores lo van a dejar en la calle, y el pobre de su hermano o de su primo tiene una esposa y cinco hijos. ¿Qué le parece el drama? Bonito, ¿verdad?

—No le contaré ninguna historia a mi marido.

—Entonces lo siento por usted, Odile. Pensaba ser benévolo. Por ejemplo, le daré un par de días. Eso es decente por mi parte, ¿no le parece? Tiene cuarenta y ocho horas para reunir los diez mil francos.

—Si yo pudiese reunir los diez mil francos, usted tampoco se marcharía a América.

—Sí, Odile, me iría a América para siempre. Tiene mi palabra.

—¿Qué vale su palabra? Me dijo que bastarían cinco mil francos. ¿Y qué es lo que ha hecho? Sólo han transcurrido unas horas desde que deposité el dinero donde usted dijo, y ahora me quiere sacar mucho más, el doble. Hace un total de quince mil francos.

—Sabe sumar bien, Odile. Quince mil francos por su libertad y por su dicha. Podrá continuar viviendo con su marido. Tendrá hijos... Gozará de los placeres de la vida en un buen hogar. Sopese todo eso en el otro platillo de la balanza, y llegará a la conclusión de que bien vale los quince mil francos... No me oirá durante cuarenta y ocho horas, Odile, pero, transcurrido ese plazo, pasado mañana a esta misma hora, yo la volveré a llamar. Tendrá muy poco tiempo para depositar los diez mil francos en el lugar que yo le diga, y si me falla por cualquier motivo, la policía sabrá quién mató a Paul Quinot. Eso es todo. Hasta pasado mañana Odile. Le deseo suerte para recaudar los fondos.

Dicho esto el chantajista colgó.

Fueron sus últimas palabras. Después, Jeanne oyó el zumbido continuo de la línea.

Se había equivocado completamente.

La pesadilla no había terminado. Sólo había hecho que empezar y continuaba.

¿Cómo había sido tan ingenua al pensar que el chantajista la dejaría libre?

Aquel individuo que se hacía llamar con aquel nombre tan ridículo La Voz del Pasado, la tenía en sus manos y nunca lo soltaría.

Quería los diez mil francos y, si ella se los entregaba, le daría un respiro, pero al cabo de algún tiempo volvería a oír su voz por el teléfono.

Estaba atrapada en su propia trampa. Sí, ésas eran las palabras justas, su propia trampa, puesto que ella no podía desmentir a su enemigo. ¿Cómo podía demostrar que no había matado a Paul Quinot?

Sólo había una forma de salir de dudas Debía ir a Marsella.

Otra vez volvía a lo mismo. Estaba sumergida en una vorágine, dando vueltas sobre el mismo tema, el mismo problema.

Su mayor error había consistido en pensar que podía renunciar a su pasado que tanto le preocupaba hasta unos días antes. Sí, continuaba teniendo miedo, pero ahora debía de hacer frente a aquél pánico, superarlo. Tenía que investigar.

Deseó con todas sus fuerzas que André Rodde volviese a llamar, porque le habría pedido que la llevase a Marsella con él.

Pero ¿qué seguridad tenía ella de que André Rodde y el chantajista no fuesen una misma persona? Y suponiendo que fuesen dos personas distintas, ¿no era lógico pensar que estuviesen de acuerdo? Así debía ser. André Rodde y el chantajista trabajaban en equipo, martilleando uno y otro por un lado.

Tenía que prescindir de André Rodde y de su esposo. Aquella investigación la haría sola, sin ninguna ayuda. Contaba con buenas pistas. Odile Koller, taquimecanógrafa, hotel Maupassant, y aquella oficina cerca del hotel, donde supuestamente ella trabajaba y desde donde era enviada al hotel Maupassant para atender al huésped que la necesitaba...

Sí, estaba dispuesta a ir a Marsella.

Pero ¿qué le decía a Frederic?

No valía la idea de que cualquier familiar la necesitaba. Ella era una mujer que no tenía pasado, y a sus efectos no contaba con padres, ni con cualquier otro pariente, y Frederic lo sabía. ¿Alguna amiga? No, tampoco. Todas sus amistades residían en París, porque

era en París donde ella había nacido hacia tres años.

Al fin se decidió a escribir una nota que puso en la mesilla de noche, junto a la que había escrito Frederic.

En ella decía:

«He de hacer un corto viaje. No te preocupes por mí. Te lo contaré todo cuando regrese.

»Te quiero, Frederic».

Después firmó.

CAPÍTULO VIII

El tren avanzaba hacia Marsella agujereando la oscuridad de la noche.

Jeanne salió de su compartimiento. Era su turno para cenar.

Al pasar de un vagón a otro una mano surgió por la derecha y la tomó por el brazo.

Jeanne lanzó un grito al ver a un individuo que se cubría con gafas oscuras.

En aquel momento alguien rió por detrás. Dos hombres avanzaban por el corredor.

Jeanne estaba mirando aterrorizada al hombre de las gafas oscuras, el cual dijo ahora:

—Perdone, creí que era mi esposa.

Dejó libre a Jeanne y le dio la espalda mirando por el cristal de la puerta, hacia el exterior.

Jeanne, repuesta del susto, continuó su camino hacia el vagón comedor.

¿Se habría confundido de verdad aquel hombre? Se miró el brazo. Todavía sentía dolor porque aquellos dedos la habían sujetado como garfios.

¿Y si el sujeto de las gafas oscuras le había dejado libre por la aparición de aquellos hombres en el corredor?

Prolongó su cena cuanto pudo.

Ya había decidido lo que haría. Sí, se marcharía al mismo tiempo que aquellos dos hombres, los que le habían librado del tipo de las gafas oscuras.

Fue detrás de ellos pero se detuvieron en el vagón fumador.

Jeanne quedó indecisa unos instantes. Miró el corredor. No se veía a nadie.

¿Por qué no tranquilizaba los nervios? Después de todo, aquel hombre de las gafas oscuras podía haberlo dicho de verdad con respecto a su confusión. El mundo no podía estar lleno de delincuentes, de chantajistas. ¿Por qué la iban a matar? Estaba tan confusa que no se había detenido a pensar sobre esa cuestión. Un chantajista nunca mata a su víctima, porque, si lo hace, se acaban sus beneficios. Y eso era ella, la víctima de un hombre que trataba de sacarle dinero, y existía aquella petición de los diez mil francos, petición que ella todavía no había cumplido.

Tranquilizada por tales ideas, regresó a su compartimiento del coche-cama.

Todavía no tenía sueño y encendió un cigarrillo.

Pensó en Frederic, el cual ya sabría que ella se había marchado de casa. ¿Y si le hubiese telefonado, contándole la verdad? No, de ninguna forma. Frederic le hubiese prohibido que fuese a Marsella, y ella necesitaba ir allí. Ahora estaba decidida a enfrentarse con su pasado.

De súbito, se abrió la puerta del compartimiento.

Jeanne no pudo gritar porque las cuerdas vocales se le paralizaron.

En el hueco estaba el hombre de las gafas oscuras.

—Buenas noches —dijo él y entro en el compartimiento cerrando a sus espaldas.

Jeanne se recostó en el rincón.

—¿Qué hace? ¿Por qué ha entrado aquí?

El hombre se inclinó sobre Jeanne.

Ella fue a gritar, pero él le puso una mano en la rodilla.

—Silencio, señora Laurent.

Jeanne trató de ganar tiempo.

—¿Cómo sabe quién soy?

—Yo sé muchas cosas.

Jeanne tragó saliva. No se había equivocado. Aquel hombre la había seguido.

—Señora Laurent. ¿Por qué está viajando en este tren?

—Voy a Marsella.

—¿Para qué va a Marsella?

—Tengo una amiga allí.

—Es falso. Usted no tiene ninguna amiga en Marsella, señora

Laurent.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Ya le he dicho que sé muchas cosas y eso debe bastarle.

Jeanne trató de ver a través de las gafas oscuras los ojos de aquel hombre, pero fue inútil.

—Señora Laurent, quiero que baje en la próxima estación.

—Pero yo voy a Marsella.

—No, usted no va a ir a Marsella. Se bajará en Lyon.

—¿Por qué en Lyon?

—Porque lo digo yo.

—No tiene derecho a prohibirme que vaya a Marsella.

—No diga eso, señora Laurent. Le estoy dando un consejo. Bájese en Lyon y tome el primer tren de regreso a París. Vuelva con su esposo y siga disfrutando de la vida.

Jeanne movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien. Me bajaré en Lyon.

—Así me gusta, señora Laurent —los labios del desconocido sonrieron mostrando unos dientes muy blancos y juntos.

Apartó la mano de la rodilla de Jeanne, donde la había apoyado con firmeza y caminó hacia la puerta. Antes de salir se volvió.

—Señora Laurent, siempre hay que conformarse con el papel que el destino le reserva a cada uno. No lo olvide. Vuelva a París. Allí es donde debe representar su papel, el de una mujer feliz con su esposo que la quiere. Espero no volverla a ver.

Inmediatamente, aquel hombre salió del compartimiento.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Jeanne exhaló el aire de sus pulmones.

Estaba claro. Aquel individuo le había sido enviado por el chantajista, ¿y si fuese el mismo chantajista? Cualquiera que fuese el lugar que le correspondía en la persecución de que era objeto, ¿por qué le prohibía ir a Marsella? Estaba claro. No deseaba que investigase. Por primera vez vislumbró un rayo de esperanza. ¿Esperanza para qué?

Tenía que bajar en la estación de Lyon, y regresar a París. Si no obedecía resultaba fácil adivinar la clase de castigo que le impondrían. La muerte.

Iría al bar. Allí habría gente y, sobre todo, bebería un *whisky*. Lo necesitaba.

Salió otra vez del compartimiento.

Al llegar al bar se quedó asombrada, mirando di hombre que estaba al fondo de la barra.

Era André Rodde.

Fue a volverse pero él ya la había visto.

—¡Señora Laurent!

Jeanne se detuvo.

André fue a su lado, sonriente.

—Vaya sorpresa.

—No mienta.

—¿Cómo?

—No es una sorpresa para usted. Sabe perfectamente que yo viajaba en este tren. Usted me mandó a ese hombre.

—¿Qué hombre?

—El de las gafas oscuras.

—Perdone, señora Laurent, no entiendo una palabra.

—¿Por qué no se quita de una vez la máscara?

—Oiga, señora Laurent —repuso André y la tomó del brazo—. ¿Quiere aceptar una invitación? Nos sentaremos y usted me explicará ese jaleo, porque la verdad es que no entiendo una palabra.

—Sí, claro. Usted no entiende nada.

—En absoluto. Es como si me estuviese hablando en japonés.

—Yo no sé japonés.

—¿Por qué no abandona esa actitud conmigo, señora Laurent? Me trata como si yo fuese un verdugo.

—¿Y no lo es?

—Claro que no. ¿Por qué había de serlo?

—Ha insistido en que yo era esa mecanógrafa que conoció en Marsella.

—Sentémonos y le diré la razón de mi insistencia.

Jeanne titubeó unos instantes, pero por fin se dejó conducir a una mesa del fondo.

Un camarero acudió solícito.

Jeanne pidió un *whisky* y André un martini.

—Estoy esperando sus explicaciones, señor Rodde —le recordó Jeanne.

—Está bien Ya le dije que usted me produjo una gran impresión.

—No me hable otra vez de mi belleza.

—Fue algo más que su belleza.

—¿A qué se refiere concretamente?

—A sus respuestas cuando yo le dije que la conocía. Usted parecía tener miedo de que yo la identificase, y tembló cuando le hablé de aquella mujer de Marsella.

—Se cree muy observador, ¿eh?

—Tengo que serlo en mi profesión.

—Oh, sí. Usted vende lavadoras a grandes hoteles.

—Son máquinas caras, señora Laurent, y uno necesita de todo un arte de persuasión para colocar uno de esos chismes, se lo aseguro. Hay mucha competencia.

—No me interesa su negocio, André, oh, perdón, quise decir, señor Rodde.

—Puede llamarme André —sonrió él—. Suena mejor.

—¿Por qué no me pregunta acerca de mi viaje a Marsella?

—Porque lo sé.

—¿Que lo sabe?

—Usted va a Marsella para convencerse, para salir de dudas con respecto a su personalidad.

—¿Quién le habló de mi amnesia?

—Fue sencillo.

—Explíquelo. Tengo mucho interés en conocer sus otras cualidades.

—Como la seguí a su casa, pude enterarme de su dirección y por tanto del número del teléfono. Está a nombre de su esposo. Frederic Laurent. También me resultó sencillo enterarme de que él es un ingeniero electrónico y del lugar donde trabaja. Fui a la oficina de su esposo y pregunté al portero. Me dio respuestas a cambio de unos francos. Ahí lo tiene todo.

Hicieron una pausa porque el camarero llegó trayendo el *whisky* y el martini, éste con una aceituna dentro.

Cuando el mozo se hubo retirado, Jeanne dijo:

—¿Espera que lo crea, André?

—¿Por qué no ha de hacerlo?

—No me fío de usted.

—Debe haber alguna razón.

—Tengo muchas razones.

—Estoy dispuesto a escucharlas, Jeanne.

—¿Por qué me llama Jeanne si, según usted, soy Odile?

—No quiero herir sus sentimientos, puesto que sólo recuerda su personalidad como Jeanne.

—Debió estudiar la carrera diplomática, André.

—No cursé estudios especiales. En mi casa faltó el dinero. Pero dígame esas razones que tiene para no confiar en mí.

Jeanne entornó los ojos mientras miraba fijamente los de André.

—¿Qué hizo con los cinco mil francos?

—¿Qué cinco mil francos?

—No se haga de nuevas. Sabe perfectamente a lo que me refiero. André dio un suspiro.

—Otra vez volvemos al rompecabezas. Usted empeñada en que sé de lo que me habla, y yo sin saber una palabra.

—Me pidió cinco mil francos para mantener cierto secreto con respecto a mí.

Rodde movió la cabeza de arriba abajo.

—Creo que la voy entendiendo.

—Lo celebro.

—Alguien la está chantajeando, Jeanne, y usted cree que soy yo.

—Estoy segura de que es usted.

—Usted y yo vamos a hacer un pacto, Jeanne.

—¿Qué clase de pacto?

—Me lo va a contar todo, y así podré ayudarla.

Jeanne titubeó. André parecía sincero. No, no la podía engañar aquel hombre que la trataba tan comprensivamente.

—El chantajista dice que soy una asesina.

—¿Qué?

—Maté a alguien.

—¿A quién?

—A Paul Quinot, un abogado.

—¿Cuándo?

—Hace tres años. Lo maté con un abrecartas. Se lo hundí en el corazón.

—¿Ha recordado algo con respecto al tal Quinot?

—Claro que no. Pero leí una colección de periódicos.

—¿Qué sacó en claro?

—Paul Quinot era un mujeriego. Se relacionaba con mucha

gente... Su compañía femenina estaba integrada por *cover-girls*, maniquís, o *starlets* cinematográficas.

—Pero usted no era ninguna de esas cosas. Ya le dije que cuando la conocí era una taquígrafa.

—Sí, pero alguien me identificó como una mujer que acompañaba a Paul Quinot poco antes de su asesinato.

—¿Quién la identificó?

—El portero de la casa de Paul Quinot. Naturalmente, yo negué que fuese la mujer a la que él se refería, pero ahora estoy segura de que tenía razón.

—¿Por qué está segura?

—Usted me dio las pruebas que necesitaba. Fue quien dijo que yo estaba en Marsella.

—Sí, eso es verdad.

—Usted dijo que yo era Odile Koller, y el chantajista también lo afirmó.

—Ahora entiendo por qué ha creído que yo era el chantajista.

Jeanne se mordió el labio inferior.

—Lo siento.

—No tiene que disculparse, Jeanne. Tal como tenía usted las cosas, lógicamente debía pensar en mí. Pero cuénteme ahora todo lo referente al chantajista.

Jeanne hizo su relato. No olvidó nada con respecto al cementerio y a la llamada posterior del chantajista pidiendo más dinero, diez mil francos. Por último ella había decidido ir a Marsella para establecer de una vez por todas si era Odile Koller, y la relación que había tenido con la muerte de Paul Quinot.

André la interrumpió.

—Es usted muy valiente.

—No creo que sea eso. Estoy llena de miedo, y lo estoy más desde que llegué a este tren. Un hombre me persigue.

—¿Se refiere al hombre de las gafas oscuras del que me habló?

—Sí, me amenazó. Debo abandonar el tren en la estación de Lyon.

—¿Dónde está ese hombre?

—No lo sé. Pero como el tren no se ha detenido todavía, debe estar aquí. Además no creo que se vaya.

—Sí, es lógico. Estará aquí para cerciorarse de que usted baja en

Lyon.

—Pero no voy a bajar en Lyon.

—Desde luego que no, y aquí estoy yo para ajustarle las cuentas a ese tipo.

—No diga eso. No puede enfrentarse con él.

—¿Por qué no?

—Debe ser un asesino al servicio del chantajista.

—Sí. No hay duda de eso, pero no creo que esté dispuesto a matarla. Se le acabaría la fuente de ingresos.

—Es lo que pensé yo antes de que me hablase el hombre de las gafas oscuras, pero ahora tengo mis dudas. Quizá están dispuestos a matarme porque mi investigación podría ser peligrosa para ellos.

—La entiendo, aunque parece un poco complicado —André bebió un trago de su martini—. ¿Y su marido?

—¿Eh?

—Me refiero a su esposo. Apenas lo ha mencionado.

—No le he contado nada a él. Y ahora tengo la sensación de que me comporté mal. Debí confiar en Frederic.

—Me temo que no.

—¿Qué quiere decir?

—Que ha hecho bien en no decírselo.

Jeanne arrugó el entrecejo.

—Por favor, ¿me quiere aclarar eso?

—Es mejor que no hablemos del tema.

—André, le exijo que me explique lo que quiere decir.

André relajó los hombros.

—Está bien, señora Laurent, no se lo habría dicho pero, dada la situación en que usted se encuentra, creo que es necesario...

—Hable de una vez.

—Su marido la engaña con su secretaria, una tal Simone...

CAPÍTULO IX

Jeanne palideció ostensiblemente.

—Tome un trago de *whisky* —dijo André.

—No lo necesito.

—Claro que lo necesita.

—Está bien —dijo ella.

Bebió un largo trago y luego se limpió los labios con una servilleta de papel.

—¿Se siente mejor, Jeanne?

—¿Cómo sabe que mi marido me es infiel con Simone?

—Ya le he dicho que investigué.

—¿Se lo dijo el portero?

—Sí.

—Al parecer, le dijo muchas cosas.

—Le pagué bien. Era una buena oportunidad para conocer su situación conyugal, Jeanne. Disculpe que me mostrase indiscreto. Cuando le hablé por teléfono no se lo dije pero tuve la esperanza de que usted supiese que su marido se comportaba con usted miserablemente.

—¿Por eso casi me invitó a ir a Marsella?

—Claro.

—Me conoce muy mal. Usted creyó que porque mi marido me traicionaba yo iba a traicionarlo también.

—Perdone, pero en mi ánimo no existía ningún impulso bastardo. La verdad es que pensé que quizá usted o él habían llegado a un acuerdo para divorciarse. Y si estaban así las cosas, era el mejor momento para que yo interviniese. Me he enamorado de usted, Jeanne.

—Oh, no.

—Sí, Jeanne, es la pura verdad.

—Pero si me ha visto dos veces.

—Basta una sola vez para enamorarse de una mujer.

La joven parpadeó rápidamente.

—Sí, creo que tiene razón —su voz bajó de tono—. Lo mismo me pasó a mí con Frederic. Lo vi entrar en la habitación del hospital y ya no hubo otro hombre para mí... Hubiese jurado que también él se enamoraba de mí tan deprisa como yo.

—Y con toda seguridad fue así.

—Es posible. Le debo parecer muy estúpida, André. Yo no soy ninguna chiquilla, a pesar de que no recuerde mi vida como Odile Koller... Después de todo, han pasado tres años desde el día en que conocí a Frederic. Nos casamos en unos meses. Dos años y medio han bastado para que Frederic me olvide. O quizá mucho menos. ¿Desde cuándo, André? ¿Lo sabe usted?

—Hay detalles que he preferido ignorar. Me bastó con la noticia de la infidelidad de su esposo.

—Claro. Es cierto.

—¿No ha pensado en él para que ocupe el pues; o del hombre que la atormenta?

Jeanne agrandó los ojos.

—¿Qué está diciendo, André?

—Quiero ser sincero con usted.

—Sí, claro. Fue sincero y por eso me dijo lo de mi marido y Simone.

—¿Cree que le miento?

Jeanne se apretó las sienes con la mano y miró el mantel.

—No —dijo con un murmullo—. Yo también me temía eso... Muchas veces rechacé la idea de que Frederic y Simone sostuviesen unas relaciones más allá de las usuales en el trabajo... Ayer, Frederic y yo celebramos el tercer aniversario de nuestro conocimiento... Me regaló unos pendientes de perlas. Se comportó de tal forma conmigo que deseché todos mis temores.

—Eso parece que encaja.

—¿En qué cosa?

—En mi hipótesis.

—¿A qué hipótesis se refiere?

—Suponga que en realidad no existe el chantajista.

—¿Qué?

—Su marido sería ese tipo.

—André, no sabe lo que dice.

—Póngase en el lugar de su marido. Quiere a Simone, pero al mismo tiempo siente lástima por usted.

—Oh, no...

—Deje que termine... Siente piedad por usted, por su situación, por la forma en que la conoció... No puede divorciarse. ¿Cómo la iba a dejar por el mundo sin que usted sepa realmente quién es?

—¿Qué más, André? Dígalo todo de una vez.

—La quiere volver leca... Sí, eso lo explicaría todo. Usted no tuvo nada que ver con la muerte de Paul Quinot. Su esposo necesitó un crimen que hubiese quedado impune, y la colocó a usted como asesina.

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida.

—Yo no lo veo tan absurdo.

—Tengo una prueba de que se equivoca.

—Veamos esa prueba, Jeanne.

—El portero del edificio del apartamento de Paul Quinot me reconoció.

—Pudo ser pagado por su marido. Jeanne se quedó sin habla.

Tomó otra vez el vaso y bebió un trago de *whisky*. Ahora, en el poco rato que llevaba hablando con André, estaba sintiendo las más fuertes emociones.

—Usted se contradice, André.

—¿En qué me contradigo?

—Ha dicho que mi marido sintió piedad por mí, y luego afirma que me quiere volver loca.

—No hay contradicción. Si su marido estuviese haciendo eso con usted, quiero decir, ocupando el lugar del chantajista, sería un hombre anormal, y en un hombre anormal es admisible toda clase de aberraciones.

—Parece que estoy casada con un monstruo...

—Si fuese así, Frederic se daría por satisfecho con que usted fuese encerrada en un manicomio.

Jeanne hizo un gesto negativo.

—Oh, no. No puedo pensar eso de Frederic.

—Yo no lo conozco, y por tanto estoy en condiciones de

imparcialidad para juzgarlo. Usted es su esposa y tengo la impresión de que lo sigue queriendo.

—Es verdad. Le sigo queriendo.

—Elegió mal, Jeanne. Ese hombre no la merece.

Jeanne recordó algo. ¿No visitaba asiduamente al psiquiatra, al doctor Marcel Benoit? ¿No había sido su marido quien la acompañó a casa del doctor y la presentó a Benoit?

Estaba claro. Frederic se encontraba en las más óptimas circunstancias para conocer todas sus visitas a Benoit, y quizá esa relación con el psiquiatra le había servido a Frederic para pensar en volverla loca.

Ahora las cosas eran mucho más sencillas para ella. Como sumar dos y dos.

—¿En qué está pensando, Jeanne? —le preguntó André.

—Le estoy dando vueltas a todo lo que usted ha dicho.

—Le daré un argumento definitivo.

—Preferiría que se callase.

—¿De verdad quiere que me calle?

Ella titubeó unos instantes.

—No, André. Perdona, pero estoy muy nerviosa.

André alargó una mano y la puso sobre la diestra de Jeanne. Hizo presión con suavidad y dijo mientras sonreía:

—No me apartaré de usted, Jeanne. Téngalo por seguro. Ahora va a recibir mi ayuda.

—Hable de ese argumento definitivo.

—El hombre de las gafas oscuras la amenazó para que no vaya a Marsella... Es un enviado de su esposo, naturalmente... Frederic sigue la táctica de llenarla de pánico. Si usted se vuelve a París, él continuará su campaña con las llamadas telefónicas... Cada hora Frederic estará más cerca de conseguir su objetivo.

—A veces tengo la impresión de que ya me he vuelto loca.

—No, Jeanne. No lo está. No piense en eso. Se lo prohíbo.

—Es más fuerte que cualquier deseo de usted y de mí misma. ¿Es que no lo comprende? Las ideas me hierven en la cabeza. Me martillean.

—Necesita descansar.

—¿Cree que podré?

—Debe intentarlo. La acompañaré hasta su compartimiento.

Ande, vamos.

André pagó la consumición y los dos salieron del bar.

Poco después entraban en el compartimiento del coche-cama de Jeanne.

—Decididamente no tengo sueño —dijo ella.

—Entonces tomará unos somníferos.

—No.

—Debe ser obediente.

—Pero estaré durmiendo cuando pasemos por Lyon.

—Sí, no había pensado en eso. Entonces, haré otra cosa. Voy a ir en busca de ese hombre de las gafas oscuras. Quiero que me lo describa.

—No quiero que se arriesgue por mí, André.

—Tengo que hacerlo. Probablemente, él nos dará la solución del problema.

—Pero ese hombre es peligroso, ya se lo he dicho.

—No lo olvidaré cuando lo encuentre. Ande, descríbamelo.

—De unos cuarenta y cinco años, un par de dedos más bajo que usted, robusto.

—¿Qué tal su cara?

—Lo que vi de ella estaba un poco picada, me refiero concretamente a las mejillas. Su boca es de labios cortos.

—¿Color del traje?

—Oscuro, camisa blanca y corbata también oscura.

—¿Sombrero?

—No, no lleva sombrero.

—Entonces, dígame el color de su cabello.

—Yo diría que castaño con algunas entradas.

—Está bien. Creo que bastará.

—¿Cómo voy a saber si lo ha encontrado?

—En cuanto le eche mano, lo haré cantar y vendré a traerle noticias.

—Sigo pensando que es una locura por su parte, André. Ese hombre debe estar armado.

—No lo dudo, pero yo tengo una ventaja sobre él, y es que voy a ser yo quien lo sorprenda. Hasta luego. Y no se olvide de cerrar la puerta con pestillo.

André salió del compartimiento y Jeanne se apresuró a echar el

pestillo.

André se había referido a un rompecabezas pero aceptando la idea de que Frederic era el chantajista, las piezas encajaban a la perfección.

Sin embargo, ella no había reconocido a Frederic a través del teléfono. ¿Había utilizado un pañuelo o bien Frederic se valía de un cómplice? La segunda solución era la más lógica, puesto que Frederic se había valido del hombre de las gafas oscuras para amenazarla.

Había amado a Frederic con todas sus fuerzas. Ahora se preguntó si en aquel amor no habría influido un poco el deseo de vivir que siente el náutico a punto de hundirse en el mar y que en el último instante encuentra el madero salvador. ¿No había sido Frederic para ella como ese madero?

Sí, quizá sí. En tal caso, habría aceptado ser la esposa de Frederic por agradecimiento.

Era horrible llegar a esa conclusión en aquellos instantes, cuando se encontraba sola. No, no estaba sola. Tenía a su lado a André Rodde.

André le había confesado que estaba enamorado de ella. ¿Acaso no se había compórtelo él como un enamorado? ¿No había insistido una y otra vez para acercarse a ella? ¿No había investigado *acerca* de su vida?

Debía confiar en André, quien *en* aquellos momentos estaba buscando al hombre de las gafas oscuras.

Al llegar a este punto de sus pensamientos, se sintió invadida de nuevo por el miedo. ¿Y si el hombre de las gafas oscuras acabase con André?

Se levantó de un salto. No debía haber dejado que André fuese sólo en busca de aquel asesino.

Tenía que avisar al jefe de tren, informarle de todo lo que pasaba.

Despasó el pestillo y abrió la puerta.

Entonces soltó un grito, porque una mano interrumpió su camino, la mano del hombre de las gafas oscuras.

Aquel individuo la empujó hacia el interior del coche.

—A callar, nena, o te la ganas.

CAPÍTULO X

Jeanne se derrumbó en el asiento, pero el individuo la acompañó en su caída. Aquel hombre que continuaba cubriendo sus ojos con las gafas negras, le atrapó por el cuello.

—Silencio, si no quieres morir.

Jeanne se sentía llena de terror, y le hizo una señal con la cabeza para decirle que estaba dispuesta a callar.

Entonces él disminuyó la presión de sus fuertes dedos.

—No me gusta lo que has hecho, nena.

—No sé lo que quiere decir.

—No te hagas la santita. A mí no hay quien me la pegue.

Jeanne inspiró profundamente.

—Sigo sin entenderle.

—¿No, eh? Muy bien. Yo te lo voy a decir... Has buscado la ayuda de un viajero. Os vi hablar en el bar.

—Es un conocido. Nos encontramos casualmente.

—¿Quién es él?

—Ya le he dicho que es un amigo.

—Pero tendrá un nombre. ¡Dímelo!

—André Rodde.

—¿Un policía quizá?

—No.

—¿Estás segura?

—Es un vendedor de lavadoras.

El hombre de las gafas oscuras quedó indeciso y al fin soltó una risita.

—¿Un vendedor de lavadoras? Tienes unas amistades un poco extrañas, preciosa. ¿Qué le contaste?

—Nada.

—¿No le colocaste tu historia?

—¿Por qué se la iba a colocar?

—Quizá porque te sientes muy sola.

—No le hablé de mi problema personal.

—Muy bien. Admitiré que no le hablaste. ¿Y sabes por qué?
Porque no te conviene. Te di un consejo, que te bajases en Lyon.

—Lo acepté desde un principio.

—¿De veras?

—Me bajaré en Lyon.

Jeanne sólo quería que aquel hombre se fuese de allí sin que le hiciese ningún daño.

—Muy bien, preciosa. Así es como debes hacer las cosas. Te bajarás en Lyon. Llegaremos dentro de un par de horas.

El hombre se dirigió hacia la puerta.

De repente, ella preguntó:

—¿Quién le paga?

—¿Qué te importa a ti eso?

—Mucho.

—Entonces te daré mi respuesta. Nunca acostumbro a decir el nombre de mi patrón.

—¿Cuánto le paga?

—¿Qué te importa a ti eso?

—Mucho.

—Tampoco es asunto tuyo.

—Yo le pagaré el doble.

—¿Qué?

—Ya lo ha oído, el doble. Sólo tiene que decirme el nombre de su patrón.

—No hay arreglo, preciosa. Yo soy un hombre honrado con el que me paga.

—De todas formas lo sé. Sólo quería que usted me lo confirmase.

—Es una bravuconada tuya.

—Se lo diré. Su patrón es Frederic Laurent.

—¿Quién?

—Mi esposo, Frederic Laurent.

El hombre quedó inmóvil durante unos instantes. Por último abrió la puerta.

—¡Espere! —gritó ella.

Sin embargo, el individuo salió del compartimiento y cerró desde el corredor.

Jeanne fue a ir tras él, pero se detuvo. ¿No le había respondido aquel individuo con su silencio?

Ya no debía tener ninguna duda. Era Frederic.

Incapaz de soportar más aquel tormento, se echó sobre el asiento prorrumpiendo en sollozos.

Frederic la había traicionado con Simone y ahora trataba de prescindir de ella encerrándola en un manicomio, para lo cual tenía que probar que estaba loca.

¿Y si Frederic estaba de acuerdo con el doctor Benoit?

La respuesta también era afirmativa. El doctor Benoit y Frederic eran grandes amigos. Habían estudiado juntos durante la infancia.

La puerta se abrió de golpe.

Jeanne ya no pudo gritar porque el terror se lo impidió.

Era un empleado del tren.

—Perdón, señora, ¿le preparo la cama?

—Sí, puede hacerlo. Mientras tanto, iré al bar.

—Como quiera. Disculpe que no haya llamado. Pensé que no había nadie.

—No tiene importancia.

Jeanne salió del compartimiento.

André había querido cazar al hombre de las gafas oscuras, y era ella quien había recibido la visita del forajido.

Se estremeció al pensar que André hubiese muerto. ¿Y si el hombre de las gafas oscuras se había deshecho de él antes de ir a su compartimiento?

¿Y si el forajido había arrojado a André fuera del tren?

Echó a andar por el corredor presa de la angustia.

Se detuvo, de pronto, como si hubiese encontrado a sus pies un cable de alta tensión.

Allá, al fondo, en la plataforma estaba su esposo.

Sí, no tenía ninguna duda. Era Frederic. Fumaba un cigarrillo.

—Frederic —murmuró.

Su esposo entró en el vagón siguiente.

Jeanne echó a correr.

—¡Frederic! —gritó.

Se lanzó sobre la puerta y trató de abrirla pero al cabo de unos

instantes se dio cuenta de que trataba de abrirla por donde no debía.

Salió de la plataforma y abrió la otra puerta.

Otra vez se detuvo en el vagón sintiéndose vacía porque delante de ella tenía el corredor solitario.

Se apoyó en la pared sintiéndose mareada, pero reaccionó enseguida.

Frederic podría estar en el bar.

¿Qué significaba la presencia de su marido en el tren?

¿Es que podía tener alguna duda? Frederic estaba allí porque era el jefe, el chantajista, el hombre que iba a acabar con ella.

¿Por qué iba a ir al encuentro de su marido? Con ello solo conseguiría facilitarle las cosas.

Frederic no se atrevería a hacerle ningún mal porque en el bar habría otras personas. Eso le decidió a proseguir su camino.

Se detuvo ante el vagón en donde estaba el bar.

Le diría a Frederic la clase de hombre que era. Sí, se lo diría aunque hubiese otras personas delante.

Le echaría en cara su infidelidad, la traición de que le había hecho objeto con Simone, la jugada sucia de hacerse pasar por un chantajista, la miserable escena del cementerio...

Tenía tantas cosas que decirle...

Se introdujo en el bar y desparramó la mirada por la sala.

Vio a media docena de hombres. Algunos estaban por parejas, otros solos.

Ninguno de ellos era Frederic.

¡Ella había visto a su marido! Estaba segura de ello. No podría haber un hombre tan igual, tan parecido. Era absurdo aquello de que en cualquier parte del mundo cada persona tenía un doble. ¿No se estaba demostrando que el doble de ella era ella misma?

En aquel momento unas manos la cogieron por detrás.

CAPÍTULO XI

Era André Rodde.

—¿Qué haces aquí, Jeanne? —La tuteó.

—André, por fin...

—¿Qué te pasa? Estás temblando.

—Frederic está aquí.

André miró hacia el interior del vagón.

—¿Quién de ellos es?

—No. Aquí no está, pero lo vi hace un momento, en la plataforma del otro vagón...

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy —casi gritó Jeanne.

—Cuidado, se van a dar cuenta los otros viajeros de que te pasa algo anormal.

—Disculpa, pero cada vez estoy más nerviosa. Antes de ver a mi marido, ese hombre, el de las gafas oscuras, me hizo una visita al compartimiento.

—¿Ese hombre otra vez?

—Sí.

—Lo estuve buscando por todo el tren y no lo encontré.

—Menos mal que estás vivo. Al verlo, pensé que te había matado...

—Ya ves que continúo respirando, de modo que tienes que tranquilizarte.

—¿Crees que puedo?

—Si, ya sé que estás sufriendo demasiadas emociones en muy poco tiempo, pero debes sobreponerte.

—Lo intentaré.

—Anda, vamos a beber un trago.

—Sí, ahora me hace más falta que nunca.

Ocuparon una mesa, y André pidió *whiskys*.

—¿Qué te dijo el hombre de las gafas oscuras? —preguntó André.

—Que debía apartarme de ti.

—¿De mí?

—Dijo que nos vio antes. Me había cogido por el cuello. Tuve que decirle tu nombre y tu profesión. Parece que sintió miedo de que fueses un policía.

—Sentirá verdadero miedo cuando le ponga las manos encima.

—Pero él ya te conoce, André.

—¿Qué más te dijo?

—Volvió a repetirme que debía bajar en Lyon, y yo le contesté que estaba de acuerdo. Después traté de comprarle. Quería saber el nombre de su patrón.

—¿Te lo dijo?

—No. Pero yo le sugerí que era Frederic.

—¿Qué contestó él?

—Nada. Se marchó. Pero ante su silencio llegué a la conclusión que no me había equivocado. Por si tenía alguna duda, fue poco después cuando vi a Frederic.

André se inclinó sobre ella y volvió a coger una de sus manos.

—Jeanne, puedes haberte equivocado. Estás muy emocionada. Quizá viste a otro hombre y lo confundiste con tu marido.

—Oh, no, no pasó eso. ¿Es que vas a defender ahora a Frederic?

—No, en absoluto, no trato de defenderlo. Sólo quiero estar seguro de que se encuentra aquí.

—Está en el tren. No sufro alucinaciones.

André no dijo nada.

La joven se había quedado con la boca abierta. Por fin dijo:

—Es eso lo que piensas, ¿verdad, André? Confiésalo. Crees que he sido víctima de una alucinación.

—A veces, cuando estamos obsesionados por un problema, esas cosas ocurren.

Jeanne rió con sarcasmo.

—Mi marido quiere volverme loca y tú parece que tratas de ayudarlo.

—No digas eso.

Jeanne entornó los ojos que, súbitamente, habían adquirido un brillo más intenso.

—¿Por qué no? —dijo—. ¿Y si tú fueses el cómplice de Frederic?

—Deja de decir tonterías.

—Podíais estar los dos de acuerdo.

—Claro, y el hombre de las gafas oscuras también forma parte de la pandilla. Todos contra ti. ¿Te das cuenta, Jeanne? Es manía persecutoria.

—Sólo sabes emplear palabras de psiquiatría.

—¿Por qué, Jeanne?

—Has hablado de alucinaciones.

—Te equivocas. Fuiste tú la que introdujo esa palabra en nuestra conversación.

—Pero tú la aceptaste e insististe en ella, y ahora has utilizado otra de tu repertorio, manía persecutoria.

—Bien, Jeanne. Quiero ayudarte.

—Sí, ya veo que quieres ayudarme dando a entender que estoy loca.

—¿Voy a necesitar pegarte una bofetada para que vuelvas en tí? Admito que tu marido está en el tren, y por tanto es el jefe de esta confabulación, pero yo no estoy de acuerdo con él por la sencilla razón de que no lo he visto en mi vida, no sé quién es. Comprende de una vez por todas, Jeanne. Yo sólo quiero librarte de este complot que han armado a tu alrededor.

Jeanne se cubrió la cara con las manos.

—Dios mío, ¿y si fuese a volverme loca de verdad?

—Ni pienses en eso.

—El doctor Benoit también estaría de acuerdo con Frederic... La amnesia puede formar parte de una neurosis. Me golpeé en el cráneo. Estuve sin sentido muchas horas. Cuando desperté, no recordaba nada... Mi cerebro quedó dañado, y ahora está acabando aquella enfermedad que se inició en el Bosque de Bolonia... Es eso, André estoy perdiendo la razón.

André le acarició una mejilla.

—Jeanne, no has perdido ni perderás la razón.

—Gracias —dijo la joven.

—Ahora vas a hacer lo que yo te ordene... Te quedaras aquí y yo iré en busca de las dos piezas que debemos cobrar, la de tu

marido y del hombre de las gafas oscuras.

—No, André, no vayas.

—He de hacerlo.

—Pero no quiero quedarme sola.

—No te muevas de aquí. En el bar siempre hay gente. No se atreverán a hacerte ningún daño mientras no salgas de este vagón.

—¿Por qué no pedimos ayuda?

—¿Crees que podemos? Para recibir ayuda se necesita contar lo que pasa, y me temo que nuestra historia sería considerada como absurda.

—Sí, tienes razón. Pensarían que somos dos locos.

—No te preocupes —dijo André levantándose—. Volveré enseguida. En cuanto cace a uno de los dos.

—Ten cuidado, André.

Él le guiñó un ojo.

—Descuida. No me dejaré sorprender por ninguno de esos canallas.

André Rodde se alejó por el corredor.

Cruzó dos vagones y al llegar al tercero abrió una puerta y se metió en el compartimiento.

Un hombre con gafas oscuras tenía una pistola en la mano.

Estaba apuntando con ella a Frederic Laurent, que estaba sentado frente a él. André Rodde dijo:

—Señor Laurent, acabo de dejar a su mujercita.

—¿Dónde está ella?

—No se preocupe. Está tranquila en el bar.

—Quiero ir con Jeanne.

—Eso no puede ser, señor Laurent.

—¿Quiere decirme de una vez qué significa esto?

André sonrió.

—¿Cómo llegó a este tren, señor Laurent?

—Yo estaba en la oficina y recibí una llamada... Un hombre que no quiso identificarse me dijo que mi mujer se iba a Marsella... Llamé a casa y el teléfono no contestó. Sólo tuve tiempo para salir de la oficina, llegar a la estación y comprar un boleto para Marsella. Busqué a mi mujer, pero no la encontré por ninguna parte. Pensé que había sido objeto de una broma. Pero, de pronto, este individuo me amenazó y me trajo aquí. Eso es todo. Bueno, sólo falta lo que

usted acaba de decir. Me ha confirmado que mi mujer está en el tren, en el bar... ¿Debo llegar a la conclusión de que fue uno de ustedes el que me llamó por teléfono?

—Fui yo —contestó André.

—Ahora, ¿quiere aclararme todo este lío?

André sacó un cigarrillo y encendió con la llama *de* un mechero de gas.

—Se lo voy a decir... Se casó con una asesina, señor Laurent.

Frederic no dijo nada.

—¿Qué le pasa, señor Laurent? —preguntó André—. ¿No se emociona?

—Ni lo más mínimo.

—¿Y por qué no?

—Porque usted se equivoca.

—Jeanne mató a un hombre.

—Jeanne no ha matado a nadie.

—Bueno, perdone, no me he explicado bien.

—Ya lo suponía.

—Odile Koller es una asesina. Mató a un abogado cuyo nombre era Paul Quinot.

—Muy bien. Si tiene información de que esa Odile Koller mató a un abogado, informe a la policía.

—Odile Koller y Jeanne Laurent son la misma persona.

Hubo otro silencio en la estancia. Frederic estaba mirando fijamente al rostro de André.

—Ahora está emocionado, ¿verdad?

—Parece que le gusta el teatro, señor..., ¿cuál es su nombre?

—Rodde, André Rodde.

—¿Qué pruebas tiene de que Jeanne y Odile Koller son una misma persona, señor Rodde?

—Paul Quinot contrató a Odile en Marsella y se la llevó a París.

—¿Por qué la contrató?

—Su mujer, Odile Koller, era dactilógrafa... Trabajaba para una agencia. De vez en cuando, la agencia enviaba a sus empleadas al hotel Maupassant. Precisamente, Paul Quinot se alojaba en ese hotel. Fue así como conoció a Odile Koller... A Paul le gustó Odile Koller porque era una mujer hermosa, además de eficiente en su profesión. Pensó que hacía un buen fichaje, ya sabe.

—¿Y por cuánto tiempo la contrató?

—Por un mes. Paul Quinot le dijo a Odile que debía hacer frente a unos juicios muy importantes y, durante cuatro semanas tenía que preparar su defensa. Para hacer frente a ese agobio de trabajo necesitaba a Odile.

—¿Y por qué mató Odile a Paul Quinot?

—¿No se lo imagina?

—No. Hay momentos en que no tengo imaginación.

—Verá usted. Paul Quinot tenía un «hobby», las mujeres hermosas.

—Un buen «hobby», pero ¿no cree que todos lo tenemos? Me refiero a hombres normales, claro.

—Es cierto, señor Laurent. Sin embargo, Quinot lo quería todo de ellas, absolutamente todo... Ya se puede imaginar el resto Paul Quinot fracasó con Odile, quiero decir que ella no pertenecía a esa clase de muchachas que no les importa lo que les pidan... Sitúese en el apartamento de Paul Quinot.

—Ya estoy situado. Continúe.

—Paul Quinot pretende besar a Odile, pero ella se defiende... En un momento determinado, Paul Quinot tiene todas las ventajas. Odile no puede hacer nada. Paul Quinot es más fuerte que ella. Entonces, la joven atrapa lo primero que encuentra, y resulta ser un abrecartas. En un acto de desesperación, hunde el abrecartas en el pecho de Paul Quinot.

Se hizo otro silencio.

Los tres hombres estaban inmóviles, dos de ellos, André Rodde y su cómplice, observando atentamente al otro, Frederic.

—¿Le gustó, señor Laurent? —preguntó sonriente André.

—No, no me gustó.

—Ya lo suponía.

—Apesta.

El de la pistola movió el brazo armado como si fuese a golpear a Frederic, y éste agregó:

—Me refería a la historia, amigo, no a su jefe. Aun que, bien mirado, quizá necesite también un buen lavado.

—Déjalo que se desahogue, René —dijo André—. Al fin y al cabo, eso de darse cuenta que está uno casado con una asesina, no debe ser nada agradable.

CAPÍTULO XII

—Le he dicho que su historia apesta —dijo Frederic Laurent.

—Acláreme eso.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas acerca de Odile y de Paul Quinot?

—Obtuve una buena información.

—¿De quién?

—Eso no se lo voy a decir.

—¿Y por qué no?

—Porque quiero dinero por guardar silencio.

—Creo que le comprendo. Ha estado chantajeando a mi mujer.

—Sí.

—¿Cuánto le sacó?

—Cinco mil francos.

—Es usted un hombre muy comedido, André.

—Le pedí diez mil, más.

—¿Se los dio ella?

—No. Todavía no.

—No se los dará.

—Oh, sí, ya me enteré de eso. Sólo le quedan mil francos más.

Por eso me vi obligado a cambiar mis planes.

—¿De veras?

—Sí, señor Laurent, en un principio, decidí que su mujer fuese mi único socio industrial... Hice un mal cálculo de mis posibilidades. Debí dirigirme a usted. Pero, de todas formas, la cosa salió bien.

—¿Usted cree?

—Desde luego. Llevé la duda al ánimo de su mujer y luego el miedo.

—¿Quiere que le felicite por ello?

—Puede hacerlo.

—Entonces se lo diré. Es usted una repugnante sanguijuela.

El hombre de las gafas oscuras bajó la mano y el arma golpeó en el mentón de Frederic.

Éste hizo rechinar los dientes y cerró los ojos porque el dolor fue muy intenso.

André soltó una risita.

—Debe calmarse, señor Laurent. René es un hombre que no puede soportar que me insulten.

Frederic hizo un gesto afirmativo.

—Sí, claro. René es el mejor amigo que usted tiene.

—Desde luego.

—Volvamos a nuestro negocio.

—Usted me va a pagar treinta mil francos.

—Está chiflado.

—No, no lo estoy, señor Laurent. Sé que tiene usted treinta mil francos en su cuenta corriente...

—No le voy a pagar un centavo.

—Es una pena que diga eso. Se va a quedar sin su mujercita. Y le aseguro que ella le quiere mucho. Jeanne pasó un mal rato cuando le dije que usted la engañaba con Simone.

—¿Le dijo eso, víbora?

—Era necesario. Ya sabe, para preparar el terreno.

—Me gustaría estrangularlo con mis propias manos.

—Creo que tendrá que renunciar a eso.

—No esté muy seguro de que lo haga.

—Vamos, vamos, señor Laurent, deje ya de decir tonterías y preocúpese de Jeanne... Parece no darse cuenta de su situación. Puedo hacer de ella todo lo que quiera, y no me refiero a lo que pensaba hacer Paul Quinot. Su mujer no me interesa en ese sentido. Me refería naturalmente, a matarla.

—No se atrevería.

—Nadie me impide lanzarla fuera del tren.

—¿Qué iba a ganar con eso?

—Lo haré sin titubear si no me da los treinta mil francos.

—Suponga que se los doy.

—Los dejaré en paz.

—¿A los dos?

—Claro, a los dos.

—Naturalmente, usted guardaría silencio con respecto al crimen de Odile Koller.

—Ésa sería la compensación.

—¿Hasta cuándo guardaría silencio, señor Rodde?

—Siempre.

—No me gusta esa palabra, especialmente cuando sale de su boca. Engañó a mi mujer, le pidió cinco mil francos y apuesto a que le dijo que se olvidaría de ella.

—Sí.

—Pero no se olvidó.

—No podía. Cinco mil francos era un bajo precio por una mercancía tan importante como la mía.

—¿Por qué no lo pidió todo de una vez?

—Fue bien sencillo. Cuando le pedí cinco mil francos yo ignoraba que ella tenía sólo en la cuenta corriente seis mil.

—Está mintiendo. Estoy seguro de que lo sabía... Quiso sacar mucho más. Primero dejaría sin dinero a mi mujer, y luego se ocuparía de mí. Por eso montó este tinglado del tren.

—Voy a suponer que lo hice así. No me negará que el asunto ha ido bien.

—Sí, marcha sobre ruedas.

René se echó a reír.

—Eh, André, ha hecho un chiste.

André no rió.

—Me hizo muy poca gracia.

—Lo siento por usted si no tiene sentido del humor —dijo Frederic.

—¿Me va a dar los treinta mil francos?

—Sí, claro, pero tendremos que volver a París.

—No volveremos a París.

—Mi dinero está en un Banco de París.

—Ya lo sé. Pero usted lo va a sacar en Lyon. Todos bajaremos en esa ciudad, y arreglaremos las cosas como deben de ser arregladas.

Frederic dio un suspiro.

—Creo que no tengo más remedio que aceptar su oferta.

—Sí, señor Laurent, mi oferta es la mar de generosa. Treinta mil

francos y usted y su mujer podrán continuar viviendo tranquilos.

—Le agradezco sus buenos deseos.

André puso la mano en el tirador de la puerta.

—René, no dejes de vigilarlo.

—No le quitaré ojo de encima.

Frederic preguntó:

—¿Adónde va?

—Con mi chica.

—De modo que también tiene una chica.

—Sí, como todos.

—¿Mi mujer está sola?

—Lo está.

—Pues debe estar pasando un mal rato.

—Sí, señor Laurent. Lo está pasando mal. Yo diría que se está cociendo en su propio jugo. Pero es necesario para que las cosas salgan bien. Estaré un rato con mi chica, y dentro de unos quince minutos me dejaré caer por el bar. Para entonces, estaremos más cerca de Lyon. También lo verá a usted luego.

Tras esas palabras, André Rodde se despidió con una sonrisa y salió del compartimiento.

Frederic miró a René.

—Hay unas cuantas cosas que no me explicó el señor Rodde.

—¿Qué cosas?

—Es raro que su jefe sepa tanto de la muerte de Paul Quinot.

—André es muy listo.

—Sí, ya lo noté. Tan listo que quizá lo premien con la guillotina.

—No sea melodramático.

Frederic se echó hacia delante y René retrocedió.

—Cuidado o le meto una bala en el pecho, señor Laurent.

—Sólo quiero fumar. Usted me registró. No llevo ningún arma.

—Sí, ya lo sé.

—¿Puedo sacar mi tabaco y la caja de fósforos?

—De acuerdo.

—Gracias.

Frederic metió la mano en el bolsillo y sacó el paquete de cigarrillos. Luego, se tuvo que mover hacia el otro lado para sacar la caja de fósforos.

De pronto, se lanzó sobre René y logró sorprenderlo.

Lo había cogido por la mano armada, y tiró de ella con todas sus fuerzas.

Frederic chocó contra la pared del otro lado, pero se había llevado consigo a René, el cual soltó un aullido de dolor porque su muñeca se estaba doblando demasiado y estaba a punto de partirse.

CAPÍTULO XIII

Los dos hombres rodaron por el suelo. Sonó un crujido.

René gimió por entre los dientes. Se relajó. Estaba encima de Frederic y éste lo apartó.

René dio una vuelta sobre sí y quedó boca arriba.

Frederic se incorporó y examinó a su rival. Estaba muerto. Se había desnucado en uno de los giros.

Frederic tomó la pistola y salió del compartimiento.

No sabía en el vagón que viajaba André.

Echó a andar rápidamente por el corredor y guardó el arma en el bolsillo.

Abrió la puerta del bar y vio a su mujer. Jeanne también lo descubrió a él y agrandó los ojos.

Frederic se dirigió hacia ella sonriendo.

—Hola, querida.

—¡Frederic...!

La joven se dispuso a levantarse, pero Frederic ya había llegado a su lado. La tomó por los brazos y fue a besarla.

Jeanne apartó la cara.

—No me toques.

—Tiemblas cerno una hoja. Cariño, sé lo que estás pasando. Pero todo se va a arreglar.

—¿Qué has pensado ahora? ¿Arrojarme a las vías del tren?

—Eso fue lo que dijo el otro.

—Tú cómplice.

—No, mujer. Me refiero a André Rodde.

—No vas a conseguir nada de mí, Frederic.

Ella dio un tirón y echó a correr.

Frederic se quedó sorprendido.

—Jeanne, párate...

—¡No quiero ni verte, asesino!

Frederic fue detrás de ella, pero alguien le puso una zancadilla y rodó por el suelo.

Estrelló la cabeza contra una mesa y quedó conmocionado.

Cuando miró otra vez al fondo del vagón, Jeanne había desaparecido.

Con rabia, miró al hombre que le había puesto la zancadilla. Era pelirrojo, de cara pecosa.

—Eh, ¿por qué ha hecho eso?

—No me gusta que maltraten a las mujeres.

—No, ¿eh?

—Esa mujer escapo de usted aterrorizada.

—Es mi esposa.

—Si es su esposa, resulta más imperdonable todavía.

—Oiga, entrometido —dijo Frederic—. Sólo quería apartarla del otro.

—Sí, ya lo supongo. Siempre hay otro. Pero si ella no lo quiere a usted, quizá no fue suya toda la culpa.

Frederic apretó los maxilares con fuerza.

—Oiga, no da una en el clavo. Y si tuviese tiempo, ¿sabe lo que haría? Romperle las narices.

—Eh, un momento —dijo el pelirrojo cuando Frederic iba a proseguir su camino detrás de Jeanne.

—Déjeme en paz —contestó Frederic.

—Necesita un escarmiento, amigo.

—Sí, ¿eh? —dijo Frederic y sacó la pistola.

El pelirrojo tenía ya el puño cerrado para estrellarlo contra Frederic pero, al ver el arma, se quedó rígido.

—Demonios, ¿eso qué es?

—¿No tiene ojos para verlo?

—No se ponga así, amigo. No hace falta que mate a nadie. Yo ya estoy tranquilo.

Frederic sacudió la cabeza y fue detrás de Jeanne.

En el corredor no vio a nadie, pero ya lo esperaba. Aquel estúpido del pelirrojo había intervenido para impedir que él alcanzase a Jeanne. Siempre había entrometidos inconscientes que no sabían lo que hacían.

Necesitaba encontrar a Jeanne antes de que cayese en manos de aquel tipejo llamado André Rodde.

Jeanne entró en su compartimiento y cerró la puerta con pestillo.

—¿Dónde estás, André? ¿Dónde? —gimió, los ojos cerrados.

Se volvió lentamente mientras abría los párpados.

Entonces creyó que se moría. En el suelo estaba tendido el hombre de las gafas oscuras, y parecía muerto.

Aunque abrió la boca no pudo soltar ni un solo grito.

Despasó el pestillo y salió del compartimiento todo lo aprisa que pudo.

En aquel momento vio a André que salía por otra puerta.

—¡André! —gritó.

André se volvió rápidamente y al ver a Jeanne hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué haces aquí, Jeanne? Te dije que me esperases en el bar.

—El me descubrió.

—¿Qué pasó?

—Me atacó en el bar.

—¿Tu esposo?

—Claro, te estoy hablando de Frederic. André se acercó a la joven y ella se echó en sus brazos.

André la estrechó contra sí. Fue una suerte para él porque estaba lleno de rabia.

—Cálmate, Jeanne —dijo.

—No puedo.

—Tienes que poder.

—Es que no sabes lo peor.

Jeanne tragó saliva y señaló la puerta de su compartimiento.

—Ahí dentro... El hombre de las gafas oscuras... Está muerto.

Los ojos de André chispearon con intensidad, pero no hizo comentario.

—¿Te das cuenta, André? Frederic lo mató.

—De eso no cabe duda. Han debido pelear entre sí. Yo me ocuparé de tu marido.

—Lo dejé en el bar. Pero no puedes ir solo.

—Pediré ayuda, y tú debes quedar fuera de esta persecución. Anda, ven conmigo. Justamente encontré una amiga en el tren.

Acabo de saludarla.

Fueron al compartimiento de donde André Rodde había salido y pasaron al interior.

Una rubia los miró con las cejas enarcadas. Podía tener unos veinticinco años, de rostro muy mono, ojos verdes y nariz respingona.

André la observó mientras decía:

—François, te presento a Jeanne Laurent.

—¿Qué tal está, Jeanne?

—Muy mal.

André intervino.

—Jeanne está pasando por una amarga experiencia. Su marido la quiere asesinar —al mismo tiempo que decía eso, guiñó un ojo a François.

—Pobrecita —dijo François levantándose.

—Quiero que cuides de ella, François. No debe salir. Echa el pestillo y no abras a nadie excepto a mí.

—¿Adónde vas tú?

—A dar caza a ese malvado.

André palmeó la mejilla de Jeanne.

—Aquí estarás segura...

—André, debes pedir la ayuda de otras personas.

—Desde luego. Voy a buscar al jefe de tren o al revisor. Ellos sabrán lo que se debe de hacer en un caso como éste.

Metió la mano en el bolsillo y apretó la pistola que guardaba allí.

Frederic Laurent iba a saber quién era él.

Maldijo al estúpido de René que se había dejado sorprender por el ingeniero electrónico cuando tenía una pistola en la mano, en las más óptimas condiciones para mantenerlo a raya. A él no le iba a ocurrir eso. Tenía sus esperanzas puestas en aquel negocio y le saldría bien pese a cualquier dificultad.

CAPÍTULO XIV

Frederic pasó de un vagón a otro.

De pronto, sintió una presión en la espalda.

Volvió la cabeza y vio a André que le sonreía.

—Sí, tiene razón, Frederic, es una pistola lo que apoyo en su espina dorsal.

—¿Dónde está mi mujer?

—En buenas manos.

—Lo dudo mucho.

—Jeanne hace compañía a mi chica.

—Tengo que felicitarle, André. Lo organizó todo muy bien. Mi mujer cree que yo soy el hombre que le acosa.

—No podía ser de otra forma.

—¿Qué fue lo que dijo de mí?

—Creo que le conté ya algo.

—Muy poco.

—Usted quiere volverla loca para desembarazarse de ella. Está enamorado de su secretaria, Simone, y ella le corresponde...

—Es usted un gusano.

—La vida, señor Laurent, es la vida... —repuso André sin perder la sonrisa—. A veces tenemos que hacer estas cosas.

—Claro, De vez en cuando se siente cerdo y le gusta revolcarse en el cieno.

—Eche a andar.

—¿Hacia dónde?

—Justo al vagón donde se dirigía. Pero antes lo quiero desarmar.

—Oiga, André, podremos llegar a un acuerdo. Le daré el dinero que me pida, pero quiero recuperar a mi mujer.

—Claro que sí. La va a recuperar, y todo se va a hacer como yo diga.

—No hay inconveniente.

—Vaya hasta la puerta y quédese quieto.

Frederic obedeció y entonces André le quitó la pistola del bolsillo.

—Ya puede ponerse en marcha, Frederic —ordenó Rodde.

Entraron en el vagón y André ordenó:

—Párese otra vez.

André alargó el puño y llamó en la puerta.

—François, soy yo. Abre, rápido.

Se oyó despasar el pestillo en el interior y abrióse la puerta.

Frederic vio en el interior a una rubia de ojos verdosos.

—Bien venido, señor Laurent —dijo ella.

—Pase al interior —ordenó André.

Frederic entró.

Jeanne estaba sentada y, al ver a su esposo, hizo un gesto de temor.

—¿Me puedo sentar? —dijo Frederic.

—Claro —dijo André y cerró la puerta.

Frederic fue a sentarse al lado de Jeanne pero ésta se retiró hacia un rincón.

Frederic la miró contrariado.

—No huyas, que no muerdo.

—Tú no muerdes pero matas, que es peor.

—Cariño, por si no lo sabes, te han engañado como a una china.

—No me harás creer que ahora es de día.

—No. Es de noche, y este miserable, André Rodde, ha conseguido lo que deseaba, pero debo agregarte que su éxito lo debe mucho a ti. Si desde el principio hubieses confiado en mí, y me hubieses explicado la historia del chantajista, ninguno de los dos estaríamos aquí.

Jeanne parpadeó sorprendida. Miró a André, quien sonreía con la pistola en la mano.

—André, ¿qué está diciendo Frederic?

—La verdad.

—¿Cómo?

—La verdad, Jeanne.

—¿Me vas a decir que Frederic no mató al hombre de las gafas oscuras?

Fue Frederic quien respondió.

—Lo hice en legítima defensa porque él me estaba apuntando con una pistola. Luchamos y él se desnucó René era el cómplice de tu amigo André Rodde. Juntos organizaron la confabulación para sacarte cinco mil trancos y ahora me piden los treinta mil que ahorré.

—Oh, no.

—Estamos llegando a Lyon —dijo André—. Bajaremos los cuatro e iremos a la oficina bancaria. Allí están bien organizados. Tienen un cerebro electrónico maravilloso. En unos segundos comprobarán su cuenta corriente, y usted podrá retirar su dinero.

Jeanne exclamó:

—André, ¿tú has hecho todo esto?

—Sí.

—Pero yo no he identificado tu voz con la del chantajista.

—Sé hacer imitaciones.

—Eres un tipo indecente.

—A callar la boca, nena.

La rubia Françoise consultó su reloj.

—Faltan unos diez minutos para llegar a Lyon.

Jeanne se acercó a Frederic.

—Perdóname, Frederic.

—Estás perdonada —contestó él sin mirar a su mujer.

—He sido una tonta.

—Algo más que eso.

—Pero tengo atenuantes... Ese hombre, André, me engañó. Tú no te puedes imaginar lo que he pasado.

Frederic se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

—Disculpa. No he debido meterme contigo.

André rió diciendo por entre los dientes:

—Un cuadro enternecedor.

Frederic apartó la boca de Jeanne y se dirigió a André:

—Oiga, ¿por qué no nos cuenta la verdad?

—Ya lo saben todo.

—Me refiero al asesinato de Paul Quinot.

—Usted lo sabe. Jeanne mató a Paul Quinot para evitar que se

propasase con ella.

—No sea ingenuo. Eso no fue lo que ocurrió. Podía contarnos la auténtica historia.

—Pasaron las cosas como le dije.

—Yo sé lo que pasó en realidad.

—¿Usted?

—Sí, señor Rodde, y puedo decírselo.

Cállese.

—¿Tiene miedo de oírlo? Claro, lo comprendo. Después de todo, usted es el asesino de Paul Quinot.

—¿Qué majadería está diciendo?

—Suponiendo que sea una majadería, no debe tener inconveniente en oírlo.

André titubeó unos instantes y por fin dijo:

—Está bien, señor Laurent. Suelte su fábula.

—Usted mató a Paul Quinot. Debió tener algún motivo poderoso. Casualmente, Jeanne, bajo su personalidad de Odile Koller, estaba allí, en el apartamento de Quinot, y usted la golpeó porque había sido testigo del crimen...

—Usted dijo que apestaba mi historia, pero la suya está mucho más podrida. —Demuéstrelo.

—Es sencillo... Si Jeanne hubiese estado en el apartamento y yo la hubiese golpeado, ¿por qué la habría llevado al Bosque de Bolonia? Lo lógico habría sido que la dejase allí, puesto que ella cargaría con el crimen.

Frederic se mordió el labio inferior. André sonrió triunfalmente.

—¿Ve lo que he tardado en pulverizar su cuento? Françoise intervino: —Lyon, André.

—Bien, muchachos —dijo André—. Se acabó la hora de las confidencias. Ahora vamos al negocio. Usted, Frederic, cogerá a su mujer por el brazo y caminará delante de nosotros. Yo tendré la mano en el bolsillo apretando la culata de la pistola. Compórtense como unos buenos chicos y podrán tener esos hijos que ahora les faltan. Iremos al Banco, usted sacará el dinero y vendrá la despedida.

—Ya tengo lágrimas en los ojos —dijo Frederic.

—No se haga el gracioso. Ésta es una cosa muy seria. Los dos se están jugando la vida.

—El convoy empezó a frenar.

—Adelante chicos —dijo André—. Empieza la última representación.

CAPÍTULO XV

Los cuatro estaban en la plataforma del vagón.

El tren se detuvo al fin en la estación.

—Bajen —ordenó André.

Frederic había cogido a su mujer del brazo. Bajó el primero para ayudar a Jeanne.

Cuando Jeanne puso los pies en el andén, descendió la rubia Françoise.

Fue entonces cuando Frederic lo intentó.

Atrapó a André de un brazo y tiró de él con fuerza.

Los dos rodaron por el andén.

Jeanne no se estuvo quieta. Se arrojó sobre Françoise.

En pocos segundos, aquel lugar se llenó de gritos.

Los viajeros que bajaban de los otros vagones y los que iban a subir se apresuraron a hacer un claro.

De pronto, sonó un estampido.

André lanzó un aullido de dolor.

Frederic se apartó de él.

Rodde mostraba un gran agujero en el estómago.

—Usted lo quiso, André.

—Maldita sea... Todo tiene que salir bien... Todo.

—Un criminal no puede tener tanta suerte. —Yo la tuve.

Las dos mujeres seguían luchando, pero Françoise cobró una decisiva ventaja. Pegó un puñetazo en el mentón de Jeanne y la esposa de Frederic cayó hacia atrás, se golpeó en la nuca y quedó inmóvil.

Françoise se levantó para ayudar a André, pero se detuvo al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

—¡André! —gritó.

—Estoy listo, nena.

—No puedes morir.

—Eso mismo me decía yo, que no podía, y ya lo ves... —el rostro de André Rodde se crispó.

Frederic acudió al lado de Jeanne y le palmeó en las mejillas.

La joven empezó a volver en sí.

—¡Frederic!

—Hola, nena, ya pasó todo... André se está muriendo.

La joven arrugó el ceño, y se llevó una mano a la cabeza.

—Dios mío, ya recuerdo.

—Sí, estabas peleando con Françoise. Bajamos del tren y...

—No es eso. Me refiero a mi pasado.

—¿Qué?

—Soy Odile Koller, y él es André Rodde.

—Bueno, eso ya le sabíamos.

—Ven aquí, Frederic —tiró de la mano de su esposo, acercándose donde Françoise, de rodillas, sostenía la cabeza de André Rodde con sus manos.

—André —dijo la señora Laurent—. He recuperado la memoria... Sé todo lo que pasó... Yo entré en el apartamento de Paul Quinot. El me había contratado para hacer un trabajo de secretaria... Usted tenía a sus pies el cadáver de mi jefe. Lo acababa de matar con el abrecartas... Usted se dio cuenta de mi presencia antes de que yo pudiese escapar. Me atrapó en el vestíbulo y me amenazó con una pistola...

—Demonios —sonrió André—. Ya recuerda.

—Usted me obligó a meterme en su coche. Me llevó al Bosque de Bolonia. Quería matarme, pero yo logré escapar. Me siguió y me golpeó en la cabeza. Tal como ocurrieron las cosas, me debió dar por muerta.

—Sí, pensé que había muerto...

—¿Por qué mató a Paul Quinot?

—Se le merecía... Yo le había proporcionado un lote de heroína... El lo colocó en París... Fue en Marsella donde hicimos el trato. Paul cobró el dinero y no me quiso pagar... Fui a París, a su apartamento, para obligarle a que me soltase la pasta... Se rió de mí. Dijo que no me pagaría un solo franco... Yo no podía probarle nada y Paul era un hombre que estaba muy alto, era un abogado...

Estaba seguro de sí mismo y llegó hasta abofetearme. No pude más. Atrapé el abrecartas y se lo clavé en el pecho... Le quité el dinero que llevaba encima. Mil francos... Tenía bastante para huir. Entonces apareció usted... Pasó todo lo que usted dijo y me marché aquella misma noche a París. No podía quedarme. Fui a América y estuve allí un par de años... Luego regresé porque Francia siempre tira de uno. Y de pronto, un día paseando, la vi a usted... Creí que era un sueño. Yo la había matado... Ni siquiera me había ocupado de leer los periódicos. La seguí. Me enteré de que la habían recogido en el Bosque de Bolonia. Había perdido la memoria y se había casado con un ingeniero electrónico... Vi la posibilidad de hacer el negocio. Sí, usted podía ser la asesina de Paul Quinot, puesto que el crimen había quedado impune... Me habría marchado con Françoise a América... Con treinta y cinco mil francos tendría bastante para empezar otra vez...

Dos agentes de policía se habían acercado y estaban escuchando la declaración del agonizante.

Uno de ellos se inclinó sobre André y dijo:

—Ya viene una camilla. Lo vamos a trasladar a un hospital.

—No hace falta, agente. Yo tengo otro destino.

Fueron sus últimas palabras porque André dobló la cabeza y expiró.

Françoise se cubrió la cara con las manos mientras sollozaba.

Frederic y Odile se apartaron del grupo. Habían entrelazado las manos.

Se detuvieron a unos pasos mirándose.

—Perdona que haya dudado de ti, Frederic.

—Olvídalo —sonrió Frederic—. Lo importante es que ahora ya no tendrás ninguna preocupación por tu pasado.

—Desde luego que no.

Frederic la besó en los labios.

Uno de los agentes dijo:

—Tendrán que venir con nosotros.

—Ahora mismo, agente —le contestó Frederic.

Se pusieron a andar.

De pronto, ella tiró de la mano de Frederic.

—Eh, querido.

—¿Qué pasa, cariño?

—Ahora recuerdo una cosa terrible. Resulta que en Marsella yo.
—La joven se interrumpió.
Frederic tragó saliva.
—¿Estabas... casada?
—Sólo prometida, pero me iba a casar con Maurice Petit, un mecánico, cuando regresase de París.
—Bueno —contestó Frederic exhalando el aire del pecho—. Probablemente, le hiciste un favor a ése Maurice Petit perdiendo la memoria.
—¡Frederic!
—Y me hiciste otro favor a mí porque así pude encontrar a la mujer de mis sueños.
—Eso te salió poético.
Entonces los dos, sonrientes, fueron en pos de la policía.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

OSBORNE

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

